

EL GRÁFICO

Nuestros medallones



D. FERNANDO LEON Y CASTILLO, Marqués del Iruñe, Embajador de España en París.



M. TEÓFILO DELCASSÉ, Ministro de Estado de la República Francesa.

Tempestuoso orador, hombre de toda seriedad y de toda lealtad en la política y en la vida, ministro respetado en su juventud, mantiene con honor en el extranjero la representación de España; pero en sus tratos con el astuto Delcassé es de temer que no le acompañe la fortuna.

Lleva cinco años en el Departamento de Negocios Extranjeros; ha afirmado la alianza con Rusia, restablecido las relaciones amistosas con Italia y conseguido la intervención exclusiva en Marruecos. Su país debe estarle agradecido. España, no.

ARTÍCULO INÉDITO DE BLASCO

LA SEÑORA DEL 13 (1)

IRENDETE A ME LA SPEME!

—¡Hola!—dijo Juanito entrando en el gabinete donde estaba Aristides tarareando.
—¡Hola!—respondió éste.
—¿No has salido?
—No.
—¿Habrás estado cantando toda la tarde?
—¡Pst! No tenía gana de nada...

—¡Pues te has perdido la gran tarde! Chico, estaba la Fuente Castellana que parecía un paraíso. ¡Qué mujeres! ¡Ay, querido, qué mujeres! He visto a las de Sempín, elegantísimas; he visto a Carlota, tu antigua novia; iba con un militar muy bonito... ¡Ah! También he visto a Nicolasa, la sobrina del general Cartón; la han crecido las narices un palmo; ¡qué fea está! Ahora se va a casar con un provinciano muy rico, un tal López, muy gordo, que parece un guardia civil; y la propósito, hombre! ¿A que no sabes a quién me he encontrado en la calle del Caballero de Gracia? A Julián, a Juliánito, aquel chico ingeniero civil que se marchó a la Coruña... Está hecho un tonel; me ha contado que se va a casar dentro de quince días... ¿Con quién dirás? ¡Con la Pepa, hombre! Con la Pepa, la sobrina de don Miguel Carraspera; ya sabes, aquella chica que fué novia mía; pues con esa se casa el pobre Julián... Yo no le he querido decir nada, porque es asunto de qué le había de dar un disgusto? Pero mira que es un lance... ¿Eh? ¡Pues, digo, la Pepa! Vámonos, es una lástima que ese pobre hombre... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué demonio de cosas!

He estado en casa del sastre; no he visto un sujeto más apreciable en los días de mi vida; le di un cigarro y unas cuantas palmaditas en el hombro; le enteré de todos los asuntos políticos del día—ya sabes tú que a él le gusta mucho eso—; le di dos ó tres besos a su chiquillo, y el hombre se quedó tan contento. Ya no nos vuelve a molestar en un mes. Tú dejame hacer a mí, hombre, que yo soy el único para estas cosas. ¡Ah! Vámonos a ver, ¿quieres ir mañana al baile de la generala?

—No; no tengo ganas de nada—respondió Aristides, tendiéndose en un sofá.
—¡No tengo ganas de nada! ¡No tengo ganas de nada! ¡Siempre estás con eso, caramba! ¡Muévete, hombre, muévete, que te vas a apollillar un día! ¿Qué hora es? ¡Uf! ¡Las seis y media! ¡Doña Magdalena!

Doña Magdalena es la patrona de los dos amigos. Según asegura, les quiere como a sus hijos, y esto se debe, más que a la puntualidad con que ellos no le pagan, a los buenos tratamientos de Juanito, que sabe apreciar hasta lo sublime la belleza del carácter de la respetable señora.

Apenas fué llamada apareció en el umbral de la puerta.

—¡Hola, angel de la casa!—dijo Juanito, acercándose a ella demasiado.

—¿Llamaba usted?—preguntó la aludida.
—Sí, señora—respondió el huésped; y añadió en seguida:

—Doña Magdalena, ¡está usted muy guapa!

—¡Vamos, vamos, demonio!—exclamó doña Magdalena sonriendo—. ¡Que siempre ha de tener usted buen humor!

—¿Qué buen humor ni qué ocho cuartos! ¡Está usted preciosa!

—¿Para eso me llamaba usted?

—Para eso y para decirle que quisiéramos comer en seguidita, si fuera posible.

—Voy a decir que pongan la mesa.

—Muchas gracias, Magdalena; es usted la mujer más amable del urbe católico.

—¡Las meros quietas, adúlador!

—¡Adúlador! ¡Cuándo usted sabe muy bien que soy incapaz de echar un plropo a nadie! Solamente usted, que es una ciudadana de la antigua Roma, puede inspirar palabras de...

—Ea, ea, dejémoslo empezado—gritó doña Magdalena, retirándose. Y salió riendo a carcajadas y exclamando:

—¿Qué cosas tiene este maldito de D. Juanito!

—¡Es el mismo demonio!

Aristides continuaba tarareando. A que la tarde le había dado por *Los Puritanos*, y no cesaba de repetir:

¡Rendete a me la speme ó las cidami morir!

Y la frase aquella no le salía de los labios.

—Aristides!—gritó Juanito.

—¿Qué quieres?

—Te preparo la gran sorpresa.

—¿Hombre, sí?

—¡La sorpresa gorda! Tengo dos butacas para el teatro Real.

—¿Para esta noche?

—Pues es claro, hombre!

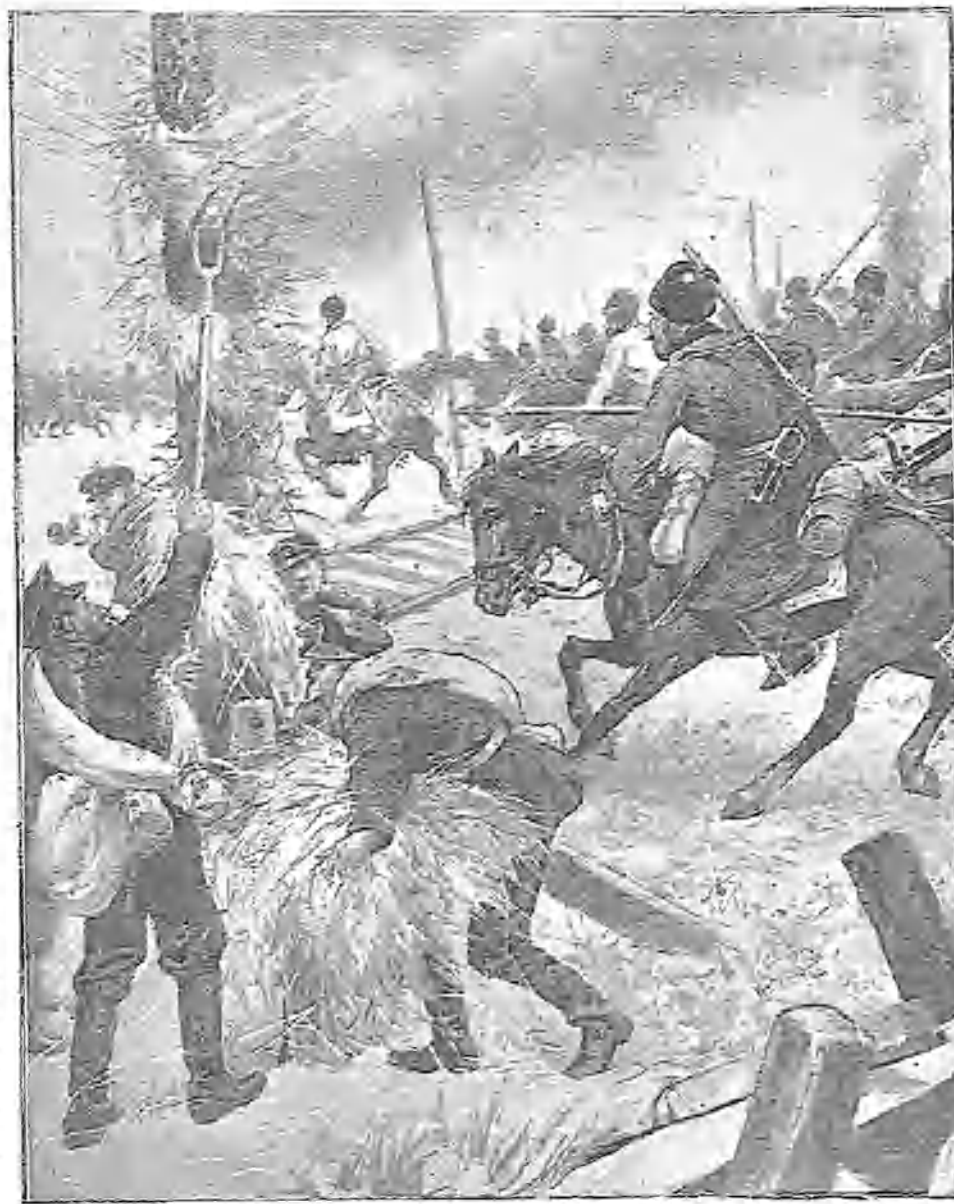
Una voz dijo entonces:

—Cuando ustedes quieran.

—Ea, a comer, querido—dijo Juanito.

Y los dos amigos pasaron al comedor.

El comedor de la casa de huéspedes de doña Magdalena era espacioso y tenía mesa redonda. Uno de esos comedores de las casas de huéspedes con pretensiones de fonda, y en los cuales comen a la vez cinco ó seis huéspedes, si por casualidad están todos reunidos en casa a la misma hora.



CABALLERÍA RUSA CORTANDO UN INCENDIO EN EL FERROCARRIL DE LA MANDCHURIA

—¡Oh felicidá!—exclamó Aristides levantándose; ¡oírmos *Los Puritanos*!

—¡Claro!

Y Aristides comenzó a repetir:

Rendete a me la speme...

—¡Basta, hombre, basta; que me estás haciendo sangre en los oídos con tanta *speme* y tanto tarareo!

—Es precioso el trozo ese.

—Ya, pero si lo repites no me va a hacer gracia esta noche.

—Buena, me callo. ¡Doña Magdalena!

—¿Qué quieres?

—La comida.

—La he pedido yo ahora mismo, hombre!

—¡Ah, sí; no sabía!

—¿Pero no me has oído?

—No.

—¡Válgame Dios, hombre! No he visto nada como tú. Doña Magdalena ha estado aquí con nosotros.

—No he reparado.

—¡Juan, Juan, Juan! ¡Eres delicioso, chico, deliciosísimo!

Cuando los dos amigos entraron había sentados a la mesa dos hombres. Uno bastante viejo, pero con el pelo teñido, los bigotes pintados y el cutis impregnado de Agua de Barcelona. Era una de esas personas que se ven en todos los cafés, en todos los paseos, en todos los teatros, y que a cierta distancia parecen jóvenes de treinta años, pero que mirados detenidamente por un observador, dan a conocer bien pronto que están con un pie en la sepultura y con otro en casa de Fortis.

D. Paulino se llamaba, y le conocía todo Madrid, como a Juanito; solamente que así como Juanito pasaba por un joven apacible, de afable trato y de cierto *esprit* para la conversación, D. Paulino se hacía antipático bien pronto por sus pretensiones de pollo y sus cuartos insipidos y sus chistes desvergonzados. Aseguraba que le querían las mujeres, las echaba de valentón cuando menos debía, era abonado del teatro Real, pero enteramente lego en materia de música; tenía una vozcita chillona y penetrante, y vagaba continuamente en sus labios una sonrisita, semiburlona, semidespreciativa, que era capaz de llevar al caballo de la Plaza

de Oriente. Por último, tenía la fatal costumbre de añadir a cada dos ó tres palabras la muletilla *¿me comprende usted?*, aunque dijera la cosa más comprensible y fácil del mundo.

Era, en una palabra, un viejo con pretensiones de pollo.

El otro individuo era un muchacho de unos diez y siete a diez y ocho años, pero muy gordiflón, sin pelo de barba y con un traje que oía a provincia a la legua.

Cuando Aristides y Juanito entraron en el comedor, D. Paulino comenzó a hablar con bastante rapidez.

—¡Hola, hola!—dijo—; aquí están los rezagados. Vamos a ver si un día los dejamos debajo de la mesa.

—¿Qué imprudente!—murmuró Aristides.

—¡Hola, D. Paulino! ¡Buenas noches!—gritó Juanito—. ¿Qué hay de cosas, hombre, qué hay de cosas?

—No sé nada. ¿Ha estado usted en paseo?

—Sí, señor; y usted?

—¡Siempre! Me he salido por la Puerta de Bilbao, ¿comprende usted?, y he dado casi la vuelta a Madrid en menos de una hora.

—¡Cuerno! ¡Habrás usted ido en coche!

—No, señor, a pie; yo ando mucho, y además iba a ver si daba con la pista de una mujer que debía esperarme...

—¡Eso me gusta!

—Porque, ¡qué demonios!, hay que pasar esta vida así, ¿comprende usted? ¡Divertidita, divertidita! ¿Me quiere usted dar el salero?

—¡Bien, D. Paulino! Usted es el grande hombre de Madrid.

—Gracias. Y el amigo Aristides, ¿qué dice?

—Nada—respondió Aristides, sin levantar la cabeza.

—Usted siempre está callado.

—Así no me equivoco nunca.

—Eso se llama saber ser vanidoso—exclamó D. Paulino.

—No, señor; esto es ser callado, y nada más.

—¡Qué mal humor gastal!—dijo D. Paulino, dirigiéndose a Juanito—. ¿Qué le ha sucedido?

—No sé—respondió Juanito—. Este siempre ha sido así...

—Pues yo al contrario; porque tengo para mí que el que no se divierte, ¿comprende usted?, es porque no quiere, y sobre todo creo que el que más habla es el que tiene más razón.

—Soy del mismo parecer—dijo Juanito—, yo hablo por los codos, y me va bien con mi sistema. Déme usted aquel cuchillo. Gracias.

—Recuerdo ahora—dijo al poco rato D. Paulino—que el ser un poquillo hablador me sirvió una vez para medio conquistar a una mujer divina. Las mujeres, ¿comprende usted?, aman a los hombres que hablan mucho y gustan de los caracteres alegres. ¡Caracoles! Este caldo abraza, muchacha! ¡No sirvas la comida tan caliente!

—¿Qué fué ésto, D. Paulino?

—Una aventura muy rara. Venía yo a Madrid, después de haber pasado una temporada en los baños de Alhama, ¿comprende usted? El camino de hierro de Zaragoza a esta corte hacía muy poco tiempo que se había inaugurado, y los trenes iban siempre llenos de bote en bote.

Pues, señor, entré en un vagón de primera, ¿me comprende usted?, y el vagón estaba completamente ocupado; de modo que yo no cabía en él sin molestar a los demás; pero precisamente en el momento en que fui a bajarme al andén para buscar otro departamento comenzó a andar el tren, y no tuve más remedio que quedarme allí, a pesar de la mala obra que iba a hacerles a los compañeros de viaje. Como Dios me dió a entender, me embutí junto a una señora muy guapa, con ojos negros, ¿me comprende usted?, y unas manos muy bonitas, ¡muy bonitas! Pues, señor, por más que yo hablaba nadie me respondía, y era natural. Todos estaban incomodados de que les hubiera quitado sitio. La señora no me hacía maldito caso; a mí me gustaba mucho y no perdonaba medio de insinuarme. Le hablé del tiempo... ¡nada! Le hablé de los caminos de hierro... ¡nada!, ni una palabra; le hablé de ella, le hablé de mí, le hablé de todo el mundo... ¡nada! Al pasar por el túnel, la cogí una mano y le di un beso en ella. ¡Nada! ¡Ni por esas! ¡Callada como una muerta. Como el túnel es muy largo, intenté repetir la operación del beso; pero nos sorprendió la luz, y me contuve. Entonces me dijo en voz muy baja: «Caballero, por Dios, que el viajero que lleva usted a su derecha es mi tutor!»

(1) Del tomo VII de las obras completas de Enrique Blasco que están de ponerse a la venta.

VERBENA EN SAN ANTONIO DE LA FLORIDA



LOS CLÁSICOS CHURROS

Instantánea de EL GRÁFICO

—¡Ja, ja, ja!—exclamaron á la vez Aristides y Juanito.

—Cuando llegamos á Madrid, me dijo que no venía más que por unos días, y que si algo se me ofrecía podía disponer, etc., en Morata, lugar de Aragón... ¡Ja, ja, ja! ¡Fue una cosa muy divertida!

El joven gordiñón, que hasta entonces había callado, exclamó, sonriendo de la manera más estúpida:

—¿En Morata?

—Sí, señor—dijo D. Paulino.

—¿Era una joven gruesa?

—Sí, señor.

—¿Muy alta?

—Justo, muy alta.

—¿Con un lunar junto á la barba?

—Sí, tal.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ya sé quién era, ya sé quién era!

—¿Quién era?—preguntaron todos.

—¡Era mi futura!

Y el apreciable joven se reía como un bendito.

—¡Buen provecho, señores!—dijo D. Paulino, y se retiró del comedor, tapándose la cara para contener la risa.

—¡Buen provecho!—dijeron Aristides y Juanito, haciendo lo mismo.

—Señores...—dijo el gordiñón, poniéndose muy colorado—; si en algo puede ser útil... yo vivo aquí desde ayer tarde... Marcelino Cabeza, estudiante...

—¡Gracias, gracias!—respondieron los tres, y se alejaron riendo estrepitosamente.

EUSEBIO BLASCO.

ECOS DE LA EXPOSICIÓN

DE BILBAO

Hace unos días, al entrar en la rotonda donde se halla expuesta la Escultura, salí á mí encuentro un antiguo amigo, sevillano, inteligente en arte; desenvolvió un periódico, comenzó á leer, y, siguiéndole y oyendo su lectura, llegamos juntos á la sala donde se exponen las obras de Bilbao, echando ante ellas de leer, indignadísimo, las justificadas censuras que, envueltas en toques regionalistas, consignaba el periódico andaluz.

—¿Por qué no se hacen ustedes eco de estas injusticias, siquiera para no alentar con la impunidad á los que puedan cometerlas en lo sucesivo?

El Jurado, atento á evitarse disgustos, que estaba en el deber de arrostrar, y por algunas otras causas mínimas, cerró las salas de la Exposición á los periodistas y fotógrafos. Cinco días antes de inaugurarse nos dejó entrar. En cinco días tuvimos que ver 2.000 obras y escribir sobre ellas. Los fotógrafos nada pudieron hacer, por hallarse colgados los cuadros y colocadas las estatuas. Las obras han de fotografiarse aprovechando los momentos propicios al instalarlas, aquellos en que tienen la luz á que se hicieron, y si no, se los estumia. El concesionario del Catálogo es el único que pudo hacer fotografías cómodamente. El Catálogo produce á la Administración 1.500 ó 2.000 pesetas, y á esta gran utilidad se ha sacrificado gran parte del éxito que la agitación precursora de estos certámenes les procura entre la multitud.

Entró el Jurado, que no demostró interés por realizar el acontecimiento artístico ante el público grande, permitiendo que las obras fuesen divulgadas anticipadamente, y el Catálogo, estorbó siempre para la colocación de las obras y cada vez más indigno de ser visto siquiera, requirió que el anuncio del suceso artístico, lo que

dispone y aclara el ánimo para la buena acogida de los acontecimientos, fué arrebatado al certamen por quienes tenían el deber de buscarlo ansiosamente.

El *Figaro Salon* es conocido en toda España. Ese conjunto de informaciones gráficas y literarias aparece el día del barnizado, es decir, antes de que el público entre en los salones; ahora, comparar.

Y en cuanto á colocación, no se acabaría nunca; de ella, poco ó nada pudo decirse en la premura de aquellos días.

La de los cuadros de Bilbao es de lo más descahellado, y aunque haya podido ser casual, aparece como una gran injusticia, que ofende los sentimientos del público imparcial, desconocedor de las tremendas pasiones de los artistas.

¿Por qué no están todos los cuadros de Bilbao sobre el zócalo? ¿Por qué no lo están sus admirables retratos? Las obras de Bilbao son en todo el mundo de las que tienen asegurado lugar preferente en las Exposiciones; por lo visto, España, para esto como para muchas otras cosas, está fuera del mundo. Aquí se puede destrozar impunemente la obra del insigne artista.

Si ha de escribirse con imparcialidad de estas cosas, es preciso no tener amigos. Yo no los quiero mientras profese este oficio, y ya estoy habituado á soportar el gesto de los favorecidos y de los desfavorecidos con igual cachaza.

Me manifestó amarga sorpresa ante la dirección que se indica en las obras de Bilbao coleccionadas en este certamen, y no necesitaba del estímulo del amigo sevillano para hacer pública la protesta de las gentes por la poca caritativa colocación de sus obras. Sólo esperaba el espacio que hallo hoy.

Otro día me ocuparé de *El retrato en la Exposición*, y serán estudiados los de Bilbao con el detenimiento que merecen.

FRANCISCO ALCÁNTARA

CRÓNICAS AGRÍCOLAS

Aprovechamiento de los residuos en el nuevo método de obtención del aceite de olivas. (1)

Tratadas las aceitunas, como describimos en nuestro último artículo, nos queda, de una parte, la celulosa mal suspendida en el agua, algo de glucosa, gomas en escasa proporción procedentes de la película del fruto y otros cuerpos (sin importancia en cuanto á su cuantía, que no hemos estudiado), y de otra el hueso entero, completamente limpio, que se deja secar.

Separados estos dos productos tomamos el primero, al que se le hizo hervir durante dos horas con el fin de concentrarle á la par que poníamos en condiciones de transformarse la celulosa, se añadió una á dos milésimas de ácido sulfúrico. Dejando luego enfriar la masa hasta que descendió á 25º centígrado, en este momento se le adicionó 3 por 100 de levadura de cerveza (pueda usarse cualquiera otra capaz de provocar la fermentación alcohólica), se sostiene durante cuatro días la temperatura inicial, convirtiéndola en constante, y al cabo de ese tiempo las substancias fermentescibles, si no en su totalidad, en su mayor parte, se habrán transformado en alcohol; convienc durante los días que tarda en fermentar ensayar una muestra del caldo, tanto para conocer la cantidad que aumenta en alcohol como la que disminuye de glucosa. Con un solo ensayo se conoce el estado proporcional

(1) Véase el artículo anterior.

de estos dos cuerpos, pues analizando la cantidad de glucosa que posee el líquido antes de ponerle á fermentar, luego no tendremos más que destilar pequeñas cantidades de él, y visto el alcohol que gana por diferencia, conoceremos la glucosa que pierde, por ser aquél derivado de esta.

Cuando estos ensayos nos den á conocer que el desdoblamiento alcohólico de la glucosa es casi total, se da por terminada la fermentación y se destila el caldo en un alambique como el que acompañamos en fotografía.

El resultado obtenido dependerá de la mayor ó menor riqueza en glucosa que el mosto tenga; pero aun siendo ésta grande, hay mucha pérdida si no se conduce muy bien la temperatura durante la fermentación; así, pues, aconsejamos un cuidado extremo en que el termómetro testigo no pase de más de 25 grados ni descienda de más de 20 grados.

El producto que obtuvimos es de calidad no muy superior; conserva olor del fruto de que procede, hasta su más alto grado de rectificación. Esta cualidad, si le hace impropio para beberle, lleva la ventaja de que con él no pueden falsificarse las bebidas y es muy útil para las demás industrias.

Hemos dicho las circunstancias que hacen variar la cantidad de alcohol que este mosto da; repetidas experiencias nos han probado que oscila entre 8 y 20 por 100; pero para valorar el producto, cuando de ello tratemos más adelante, tomaremos como tipo de producción 15 por 100, que es casi la media obtenida.

Para sacar todo lo útil que las olivas contienen, nos queda por conocer los elementos industriales y económicos que podemos extraer del hueso.

En nuestras experiencias colocamos un kilo de la materia en una retorta de vidrio capaz de soportar temperaturas mayores de 300 grados, y por medio de una alargadera se condujeron los gases á un refrigerante, que enfriando los humos procedentes de la destilación del hueso, se condensan, dando una mezcla compuesta de agua, ácido acético, alcohol metílico y brea.

Hay que cuidar de que la temperatura inicial de destilación vaya paulatinamente ascendiendo, hasta finalizarla con los 300 grados durante las doce horas que ésta dura.

Después de agotar completamente el píñón, queda en la retorta el carbón en cantidad de un 32 por 100, y se habrá recogido en el matraz un 57 por 100 de *pyroleñoso*.

Para separar el alcohol del ácido acético y de la brea, se seca con una pipeta la parte líquida del matraz, dejando en el fondo esta última, que es más densa, y el líquido obtenido, que es alcohol, agua y ácido, se neutraliza por la cal apagada hasta que no enrojezca el papel en tornasol; en esta disposición, se pone en un alambique, todo el de vidrio, como se ve en la figura 3.ª, y se destila sin dejar pasar la temperatura de los vapores de 85 grados, con lo cual recogeremos 120 cc. de amilico á 35 grados, y nos quedará en el matraz acetato de cal disuelto en agua; así, en caliente, se pone en una cápsula á hervir á fuego vivo, hasta que el acetato queda sólido y de un color gris pardo; el resto de humedad que le queda se le quita desecándolo en la estufa.

La media de las diferentes experiencias que hemos hecho nos arroja una producción de 40 por 100 de acetato gris bruto.

Resumiendo los anteriores datos para valorar ya los residuos de esta industria, y refiriéndonos á la tonelada de aceituna como unidad, tendremos: 15 por 100 de alcohol amilico procedente de la fermentación de los residuos de la pulpa, nos dan 148 litros de 0,95 pesetas el litro, que valen 141,10 pesetas.

Para calcular los valores de los productos del *pyroleñoso* en función de la aceituna, hay que tener en cuenta que una tonelada del fruto da 200 kilos de huesos secos, los cuales dejan 64 kilos de carbón, que valen 3 pesetas; 6 litros de alcohol metílico, útil para disolver las anilinas en tintorería, diluir resinas para hacer barnices, y hoy es muy empleado en Alemania y Francia para desnaturalizar el alcohol amilico ó de industria. Precio de los 6 litros, 9 pesetas (á 1,5 pesetas el litro). Hoy vale algo más en los mercados donde se entiza; pero no queremos exagerar las cifras, con el fin de que nuestros cálculos salgan los más próximos á la verdad. El valor del acetato gris es de 0,20 pesetas el kilo, y como 80 kilos son los producidos de los 200 kilos de huesos, valdrán 16 en total.

Calculemos los gastos:

Para reducir los mostos y rectificar las flemas procedentes de las pulpas que da una tonelada de aceituna, se consume tonelada y media de carbón, que como es producto de nuestra industria y le hemos cotizado á 46 pesetas la tonelada, nos costará 69 pesetas; el personal puede calcularse en 6 pesetas; la amortización del aparato, seguros, riesgos, imprevistos y demás, 3 pesetas, que suman un total de 78 pesetas.

La obtención del *pyroleñoso* y sus primeros derivados consume por su parte 30 kilos de carbón, que valen 1,50 pesetas; 40 kilos de cal apagada, que á 18 pesetas la tonelada hacen 0,72; amortización de los dos aparatos, 1,20; personal, seguros, riesgos, imprevistos y demás, 2,50, que hacen 5,92 pesetas en total.

Nos queda la brea, que si bien es cierto que su valor en bruto es casi nulo, llega á tenerle muy grande cuando de ella se obtiene la creosota, el tenol, el fénico, los colores de las anilinas y otra multitud de cuerpos interesantísimos, pero que no nos proponemos estudiar por no hacer falta á nuestro fin, que un es otro sino valorar aquellos residuos. Cierta ciertísimo

también, que podíamos no parar en estos primitivos y brutos productos, sino llevar más allá nuestro estudio, obteniendo la acetona, el ácido acético cristalizado, el albayalde y una infinidad de derivados, pero esto nos llevaría fuera de nuestro propósito, que dejamos señalado; poner de manifiesto, por método sencillo el porvenir que tienen unos productos hoy despreciados. Rezojilemos las cuentas, para mayor claridad, en esta forma:

PRODUCTOS	Por 100,	GASTOS	Por 100,
Alcohol amilico	141,10	De obtener el alcohol amilico,	78
Idem metílico,	9	Idem los derivados del <i>pyroleñoso</i> ...	5,92
Acetato de cal,	16		
Carbón.....	3		
Brea.....	0		
TOTAL....	169,10	TOTAL....	83,92

La diferencia entre los gastos y los productos, de 85,18 pesetas, es lo que constituye el valor que esta industria da á los residuos de una tonelada de aceituna.

Es propiedad el procedimiento: está patentado.

FIDENCIO GROS,
Ingeniero agrónomo.

UNA NUEVA CLASE DE ALCOHOL

Desde hace algún tiempo se hacen trabajos en Alemania para extraer el alcohol contenido en las materias fecales.

Un químico de Tranchau, en las cercanías de Dresde, llamado J. G. Dornig, ensayó un procedimiento para extraer el alcohol del contenido de las cloacas. Sometiéndolo á la destilación seca—después de separar la parte líquida—y condensando los productos volátiles, obtenía un alcohol impuro, pero utilizable. Cada kilogramo de materia empleada producía algo más de 100 gramos de alcohol etílico.

Esto no era suficiente para justificar una explotación industrial. Pero, además del alcohol, se obtenían otros productos, gases combustibles en abundancia, bajo la forma de óxido de carbono, de hidrógeno y de carbono de hidrógeno; todo esto podía proporcionar calor, luz ó fuerza, según se quisiera.

Otros químicos han repetido los procedimientos, pero con menor éxito. Tendrá, acaso, Dornig algún procedimiento especial de destilación, del que no revela el secreto?

En vez de un 10 por 100 de alcohol, sólo se obtiene un 1 por 100, y esto difícilmente.

Se observa siempre que la diferencia de rendimiento puede obedecer á una diferencia en la materia prima. Nada prueba que la materia fecal deba, necesariamente, producir siempre una misma cantidad de alcohol; puede haber variedades pobres en dicho producto y variedades ricas.

Antes de resolver este aspecto de la cuestión, no se pueden deducir consecuencias precisas.



UNA GIGANTEA VERBENA
Instantánea de EL GRÁFICO

PARÍS EN EL "METRÓ"

«Rue de Rome! Avenue Villiers! Courcelles! Monceau!» Y cuando el conductor del Metropolitano—del *Metró*, que pronuncia esta gente, tan pronta a convertir todo en *argot*—anuncia esta parada, añade de seguida, nadie supo por qué:

«¡Abajo todo el mundo! ¡No asustarse; pero todo el mundo abajo!»

Rápidamente fué evacuado el tren. Caras pálidas, caras miedosas, rostros en los cuales se pintaba el terror acudieron volando a las estrechas escaleras de salida; pero las verjas hallábanse cerradas.

Los empleados, también con algo de emoción, gritaban:

«¡No asustarse! ¡No es nada! ¡No sucede nada!»

Y al segundo, sin que el viajero comprendiera, vocearon otra vez:

«¡Puede subir quien guste! ¡Vamos a partir!»

Las portezuelas de los coches se abrieron; las férreas portezuelas de salida al exterior se abrieron; mas casi todo el mundo, en lugar de reemprender su viaje, lanzóse a la escalera, a bulir. Y el tren arrancó casi vacío.

*

Aquí, porque «se vive» en él; fuera de aquí, por las numerosas descripciones, todo el mundo conoce el tranvía eléctrico Metropolitano. Es una excavación sub París. Son largos túneles, angostos, bajos, sombríos—á pesar de la luz artificial por las evocaciones y miedos que despierta,—donde se arrastra de un extremo á otro, con rapidez de expreso. Podéis llevar en el *Metró* la tranquilidad que permite un invento en que han intervenido un ingeniero y una enorme cantidad de álgebra. Con tanta seguridad podéis caminar en el *Metró*, que el primer sorprendido de cualquier catástrofe es siempre el sabio que construyó la línea. Cuando el famoso incendio de unos coches, que causó tantas víctimas, todo el mundo convino en que lo sucedido no debió pasar—lo acusaban los cálculos—; mas que una vez pasado, aquello no volvería á ocurrir;—los mismos cálculos lo aseguraban.

Y el pueblo de París, vertiginoso, rápido, desgraciado por su esclavitud en el trabajo, necesitado de andar pronto y de andar listo, desdeña la tranquilidad del ómnibus que le lleva en una hora á cualquier sitio, por el *Metró*, donde puede ahogarse ó estreñirse, pero que en diez minutos le lleva como un rayo á la mayor distancia.

Y aunque lo nieguen, asegurada que nadie, ni aun el que lo utiliza ocho veces al día, entra sin miedo en el *Metró*. Primero, es desagradable el contraste: son las doce de un bello día de sol, y descendéis por una angosta escalerilla, desde una plaza alegre, llena de gente, llena de coches, llena de árboles, á un fondo subterráneo. Miráis á izquierda y á derecha por las angostas galerías, y la vista se pierde, sin alcanzar el fin, en esos callejones que iluminan de ciertó en cierto trecho, las lámparas eléctricas. Sobre vuestras cabezas oís el rumor de los tranvías y de los coches que trotan por la calle, por arriba. Este rumor se borra por otro trepidante, lejano, que llega desde el fondo de los estrechos corredores. Esto dura un segundo. Los viajeros se agolpan al lado del andén por donde saben que pasarán los carruajes. Estos llegan veloces, casi fantásticos, y paran en seco, esclavos de la fuerza de sus potentes frenos automáticos. El tren va á detenerse sólo unos segundos. Nerviosos, asaltan el coche los que esperan; suena un silbato; parte el tren, y se deja de ver, cual si fuera á enterrarse, cual si lo hubiera tragado para siempre la tierra misma en cuya entraña vive sin la más mínima noción del exterior.

*

El Metropolitano no es un tren de recreo; es un tren de trabajo. Nadie va en él por gusto, sino por la necesidad de ganar tiempo. El precio es uniforme: 15 céntimos; no importa por qué línea, no importa qué distancia. Se desciende á él corriendo, se toma al vuelo, se deja á escape, para ir á respirar

con fuerza á la plaza ó la calle, donde se encuentran nuevamente la claridad, el piso firme, el sol.

En la admirable novela de G. Wells *La viajera por el tiempo* se presume que de aquí á algunos siglos la población de Londres se habrá dividido en dos porciones, dos clases y dos razas.

Habita una en el subsuelo, desde tan largo tiempo, que se ha cambiado su fisiología: la piel es amarilla; los ojos no podrían resistir la luz solar, los pulmones, hechos á respirar el aire de húmedas galerías, se encuentran, cuando se sale al exterior, tan molestos, tan mal, cual los del aeronauta que, ascendiendo en su globo, tropieza con el ambiente enrarecido de las últimas capas atmosféricas. Y es esta la población que fué de obreros, de trabajadores de las minas—de empleados, si os parece, y aun de viajeros, si queréis, de cualquier *Metró*—, impulsados, por la necesidad de vivir, á escapar de la tierra y á sepultarse en sus entrañas.

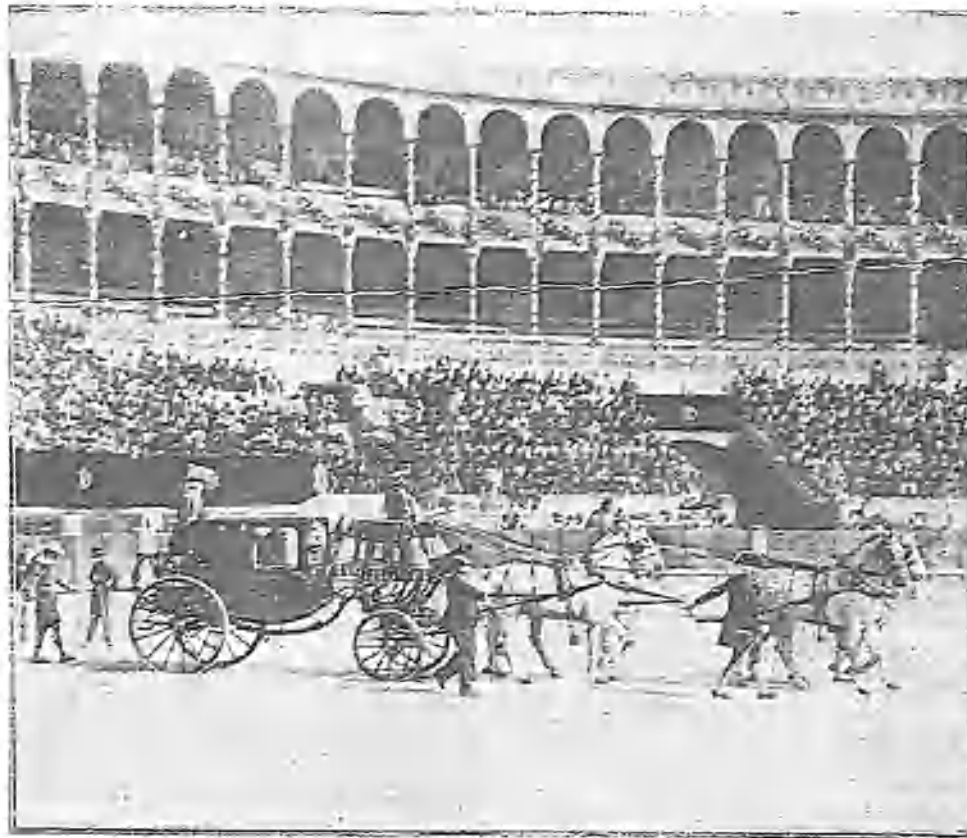
Los otros, los que viven arriba, son los

siempre en Puerto Real, mi pueblo, hoy fuere alcalde de Puerto Real. En Madrid fui menos. En París soy menos. En el pueblo siempre se tienen horas de vagar, y una escopeta, y la jaca que os pasee por el campo.

En París, viendo mil cosas alcanzables, que para usted no lo serán, la mujer cara, el lujo, la riqueza, comería en un figón, al lado del *restaurant* lujoso; vestiría mal, al lado de los mejores castres; escribiría á vuestro pueblo «qué bien se vive aquí», mientras os dáis al diablo; y en los hermosos días de sol, cuando quisierais ir en un coche al Bosque de Bolonia, tendríais que ir modestamente en el *Metró*, por tres perritas, á vuestros asuntos, á vuestra obligación, para encontrar, en premio de vivir en el sufrimiento y la desgracia, la voz del conductor, que grita: «¡Abajo todo el mundo!» y llevaros «nada más» que un susto, ya que, según el cálculo del ingeniero, eso de que el *Metró* se incendie es cosa que no puede pasar, aunque ha pasado.

CLAUDIO FROLLO

APUNTES DE UNA CORRIDA



LA CABROZA DE LOS LABALLEROS EN PLAZA

ricos, los que fueron siempre ricos. Son pequeños, son felices, son bellos.

Los de arriba son pocos; los del subsuelo son innumerables.

Siempre que marchó en el *Metró* me acuerdo de este libro.

«¿Creéis feliz á París? Nada de eso. Gran pueblo, gran metrópoli, tenadlo por uno de los conglomerados más sin ventura de la tierra. Como los héroes de la novela de G. Wells, París compónese de los Elots—los felices—y de los Morlocks—los desgraciados. La minoría, que vive en el barrio Monceau ó en los Campos Elíseos, ni sufre los horrores de París, ni, en mucha parte, es parisién siquiera. Son los millonarios franceses, ingleses, yanquis, españoles; son las *cocottes* de alto copete; son los que marchando por el suelo, alegremente, en automóvil, no saben que debajo culébrean tristemente el *Metró*».

La *pose* y la cursilería se han tomado el trabajo de desfigurar mucho las cosas.—¡Madrid! ¡Oh, usted no sabe qué hermosura es Madrid!—dice en su aldea el pobre peón, que trabajó allá como un demonio, comiendo mal, viviendo mal, siempre carne de gleba, sin siquiera gozar, cual en su tierra, de sus montañas, de sus riachuelos, de sus prados.—¡Cómo viví en aquel París, aquel París!—dice, de vuelta, el que aquí vivió de trabajar, que es exilar rebiendo.

Y quienes queramos ser sinceros hemos de declarar que, si no somos ricos, nuestra dicha no se encontrará nunca en las grandes poblaciones.—Es muy probable—piensa el articulista—que si yo hubiera permanecido

CURIOSEANDO

Aumentan los chinos

Los diarios chinos han publicado recientemente los resultados del último censo de la población china. Este censo, aunque lengua que ser aceptado con ciertas reservas, expresa, sin embargo, con bastante aproximación la realidad; da para las 22 provincias del Imperio un total de 425 millones de habitantes.

De las 22 provincias aludidas, once poseen de 22 millones de habitantes, y son:

Sé-chouan,	68.724.000
Cheou-Tong,	58.217.000
Hon-pá,	35.280.000
Houang-tong,	31.865.000
Kiao-si,	26.532.000
Hu-nan,	25.316.000
Kian-sou,	23.980.000
Ngan-houei,	23.672.000
Fou-kien,	22.870.000
Hou-nan,	22.139.000
Tche-li,	20.930.000

Las provincias menos pobladas son:

Sing-Kian (Turkestan),	1.200.000
Mongolia,	2.580.000
Koung-si,	5.142.000
Tibet,	6.430.000

La densidad más fuerte de población se encuentra en Chan-tong, donde hay 264 habitantes por kilómetro cuadrado; después vienen: Ho-uán, con 201; el Fou-kien y el Hu-po, con 191.

Para darse cuenta de estas cifras conviene tener presente que la densidad de la población en Francia no es más que de 72 habitantes por kilómetro cuadrado.

Las regiones menos pobladas son la Mongolia, donde hay 0,7 de habitante por kilómetro cuadrado, y el Sing-Kiang, con 0,8. Vienen después el Tibet, con cinco

habitantes por kilómetro cuadrado, y el Mandchuria, con nueve.

Las provincias más extensas de todo el Imperio son: la Mongolia, con 3.543.000 kilómetros cuadrados; el Turkestan chino, ó Sing-Kiang, con 1.423.000 kilómetros cuadrados; y el Tibet, con 1.200.000.

Las provincias menos son: Tche-Kiang, con 65.000 kilómetros; el Kiang-su, con 100.000, y el Fu-Kian, con 120.000.

Según las noticias que publican también los mismos periódicos chinos, se advierte que la Corte de Pekín se va abriendo á las ideas europeas. La Emperatriz viuda, antes tan hostil á los ferrocarriles, va á construir una línea hasta las tumbas del Oeste.

Ha dado en Noviembre de 1902, en el palacio de verano, una brillante recepción al Cuerpo diplomático y altos dignatarios. En dicha recepción, al mismo tiempo que se sirvió el vino oficial chino, procedente de arroz, se presentó excelente champagne.

El Emperador se mostró en público, y los soldados le presentaron las armas, no arrodillados, á la usanza china, sino á la europea; finalmente, la Emperatriz anunció su deseo de pasar ella misma revista á las tropas.

OSOS Y FOCAS

La *Revue de L'hygiène* contiene un artículo muy curioso acerca de la inteligencia y astucia de los osos blancos. El autor es el Dr. Orítzky, de Moscou, quien, en un viaje hecho al Océano Ártico, tocó en Nueva Zembla, en una región habitada por una colonia de sesenta japoneses, que allí viven cazando osos blancos y focas.

Durante nueve meses del año dichos japoneses se hallan completamente incomunicados con el resto del mundo, viviendo en medio del hielo, de la nieve y de la obscuridad de las noches polares. Al principio y al fin de la estación de verano, es decir, cuando, á causa del deshielo, la navegación desde la costa septentrional de la Laponia es posible, son visitados por un vapor que les suministra alimentos y cuanto les es necesario para su existencia en aquellas desoladas regiones. En cambio, el vapor vuelve á las costas europeas con cargamento de pescado, pieles de osos blancos, de focas y de leones de mar, cazados por los japoneses de Nueva Zembla durante el invierno.

El Dr. Orítzky oyó, en su visita á Nueva Zembla, relatos muy curiosos de aquellos habitantes, en especial en lo relativo á las costumbres de los osos blancos.

Estos animales gustan de vagar por los hielos flotantes en grandes masas sobre el mar, y los japoneses siguen sus huellas; pero cuando el oso distingue á sus perseguidores á gran distancia, rompe el hielo con sus fuertes garras, se sumerge en el mar y nada bajo los témpanos en la misma dirección de los que le van dando caza. De esta manera pasa por debajo de ellos, y entonces rompe nuevamente el hielo y escapa rápidamente en dirección opuesta á la que llevan los hombres. Estos, no sospechando la treta, siguen su camino hasta que encuentran el agujero por donde el oso ha desaparecido.

Cuando el oso blanco va en persecución de focas, adopta otra estrategia.

Las focas distinguen al oso blanco á largas distancias, porque, aun cuando el cuerpo del plantigrado es blanco como la nieve y el hielo, tiene el hocico obscuro en su extremo. El oso, que conoce esta particularidad, coge en la boca un pedazo de hielo, que oculta el extremo de su hocico, y de este modo nada en las aguas ó avanza sobre los témpanos hacia las focas; y cuando se halla á muy corta distancia de éstas, suelta el pedazo de hielo que llevaba en la boca y se ahianza sobre su presa antes de que ésta tenga tiempo de escapar.

V. VERA.

Los aprovechamientos de la "turba"

Que la madre tierra es el origen de toda industria, cosa es por demás sabida; y no lo son menos que el calor, el agua y el aire constituyen los grandes agentes de las transformaciones y cambios de los componentes de la tierra, produciéndose, mediante su intervención constante, gran copia de primeras materias y de sustancias variadísimas, que el hombre descubre y, mediante su ingenio, utiliza la industria en sus operaciones, convirtiéndolas en las cosas más útiles que se puede imaginar. Lo cual significa que aquellos cuatro elementos famosos, cuya substancialidad é investigación tanto preocupó antaño á los alquimistas y filósofos, son ahora lo más aprovechado y casi podría decirse lo único aprovechado en las aplicaciones industriales.

Principalmente sirven en ellas ciertos productos de transición, términos de metamorfosis no terminadas, residuos de seras organizadas que poco á poco van convirtiéndose en sustancias minerales, produciéndose en semejante cambio numerosas combinaciones químicas.

Entre ellas son, en primer término, notables las originarias de los combustibles locales, producto de los cambios de la materia de las plantas y origen de industrias tan prósperas y adelantadas como la de los colores derivados de la breca de hulla, cuyo número cuéntase por millares, pues es de advertir que en muchos casos no es lo principal en los combustibles fósiles, con ser importantísimo, el producir calor, sino el dar en su propio humo, y muchas veces en sus residuos, materias de gran valor, utilizadas en

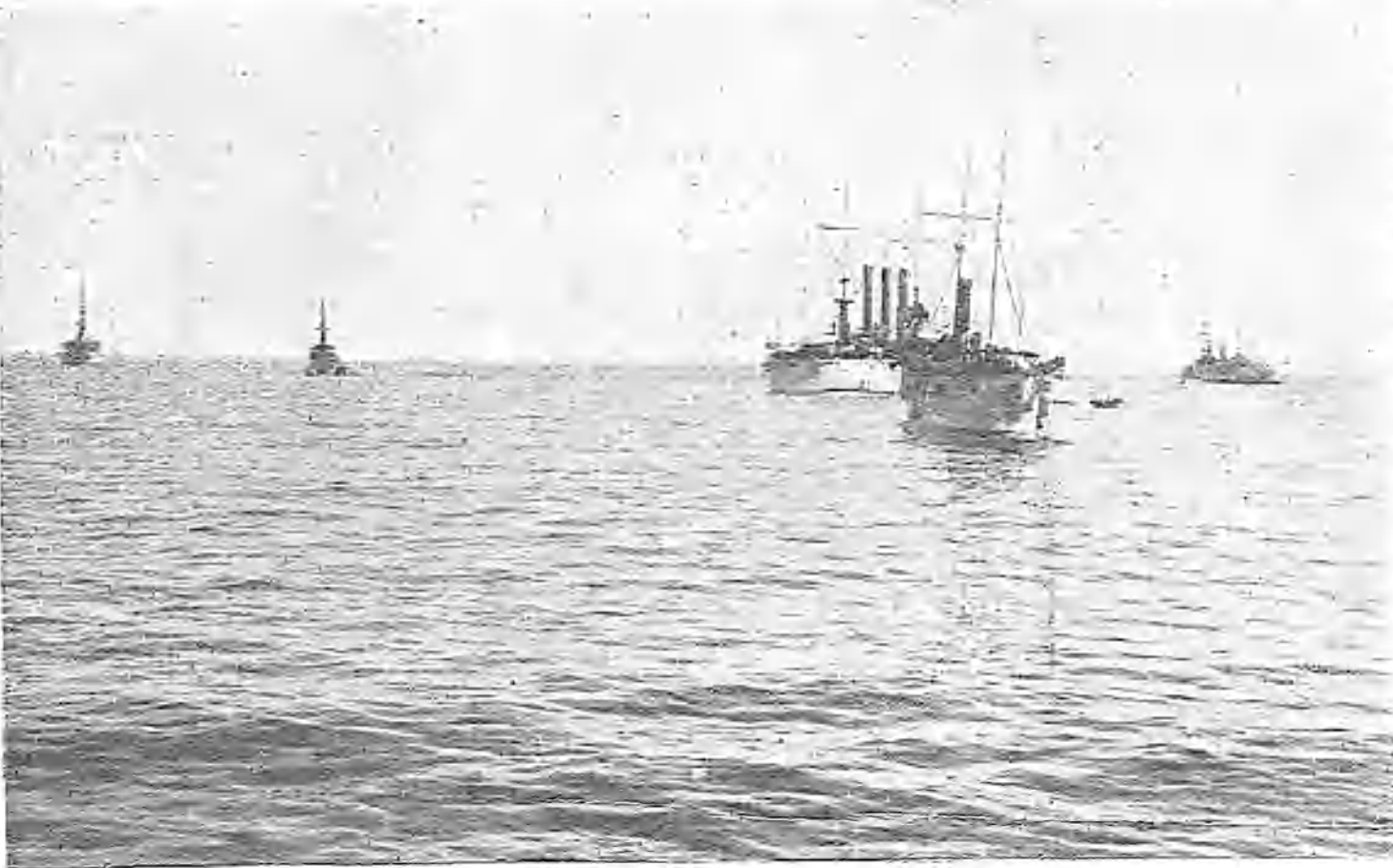
bilidad de abonos varias de ellas, y transformables otras en utilísimos productos químicos. Hay todo un sistema, en extremo adelantado, para llegar a realizar tales maravillas, y es curioso sobremanera observar de qué modo el mismo calor que ha transformado la materia de las plantas en los complicados combustibles fósiles, es el agente empleado para extraer de ellos

VISTA DE TANGER

Un antiguo y distinguido diplomático español, D. Federico Huesca, describe de este modo la capital diplomática de Marruecos: "Tánger está, como todas las poblaciones morunas, construida en anfiteatro,

las mujeres de España en el campo, forman un abigarrado conjunto, que tiene marcadísimo sello de originalidad. En la calle principal encontramos reconcentrada toda la vida de Tánger. Al lado de la Legación de España hay una plaza rectangular, llamada Zoco de abajo, donde se expenden los artículos de primera

penas mezclar los adelantos modernos al voluntario atraso de los creyentes en Mahoma. Continúan balanceándose los formidables barcos, de tan triste remembranza para nosotros, poniendo en parangón los cañones modernos de matemática exactitud, con aquellos otros de que disponen los moros, muy adecuados para figurar en un museo arqueológico. Si la lucha se produjera, presenciáramos el combate de una escopeta que encarga el marqués de Villaviciosa de Asturias con destino al tiro de pichón, y la cervatana. Mientras siguen los buques norteamericanos a la vista de Tánger, tenemos los españoles de par en par abiertas las puertas que franquean la entrada a los riesgos. Cualquiera imagina cómo desde el puente del barco que lleva la insignia del almirante se ordena el primer disparo. Nadie hay capaz de calcular las consecuencias para España de un tal suceso. ¿Quiénes intervendrían? ¿Cuáles modificaciones se realizarían en la geografía política? No podemos decir nada; debemos, en la situación de flaqueza a que hemos venido, temerlo todo. Lo consignamos así, no con el intento de que, imitando a nuestros vecinos y en alguna parte progenitores, nos consagremos a creer que el Destino impide todo renacimiento del antiguo vigor, sino para inclinarnos a la resolución de poner en práctica aquellos medios capaces de producir en plazo breve cultura y riqueza, y que nos permita asentar sobre cimientos tan firmes el costoso y complejo organismo de la fuerza. Las fotografías que reproducimos de las viejas calles tangerinas y de los poderosos acorazados de los Estados Unidos tienen hoy una actualidad que deseáramos ver muy luego desaparecida, por estimarla de gran peligro. Démosles tiempo, por las posibles complicaciones; sepamos utilizarlo para nuestra reconstitución, y acaso algún día veamos sin estas 2020-bras las diferencias internacionales ventiladas bajo las ventanas de España.



LA ESCUADRA YANQUI A LA VISTA DE TÁNGER

EL ESPÍRITU YANQUI juzgado por un escritor americano

Herbert Spencer, formulando con noble sinceridad su saludo a la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos en esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad, subordinada a los propósitos inmediatos de la utilidad, se revelaba una concepción de la existencia, tolerable sí, duda como carácter provisional de una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro ser. Spencer agregaba que era necesario predicar a

productos gaseosos inflamables, residuos sólidos y materias líquidas, base y fundamento de las más adelantadas industrias químicas. De ello encontramos magnífica prueba en los aprovechamientos racionales de la «turba», llegados a la hora presente a superiores grados de perfección, y eso que se trata de cuerpo en el cual las transformaciones de lo orgánico apenas han comenzado, al punto de no haberse sostenido siquiera la forma característica de las especies vegetales, conservándose intactos algunos órganos y, por de contado, los tejidos más resistentes. Merced a tal condición y a ser la «turba» materia árida, admite la unión con otras de naturaleza alcalina, también de procedencia vegetal, como son los residuos de las melazas en las fábricas de azúcar de remolacha, al punto de constituir la mezcla de ambos cuerpos, luego de bien preparada, excelente y nutritivo forraje, de uso ya muy extendido. Aperte su cualidad de combustible, en muchos casos utilizado, en particular cuando no hay otros más ricos de carbono, la «turba» es sobre todo utilizable sabiéndola quemar, y entonces se acierta a producir un carbón ligero, que tiene sus usos, y a la par otros productos de extraordinaria importancia, en la agricultura sobre todo, porque muchas «turbas» son primera materia existente para obtener amoníaco y sales amoniacales de las más empleadas como abonos, y aun queriendo destruir cuanto de orgánico contienen, quemando luego el carbón que dejan, como la hulla deja el cok, es posible lograr cenizas que contienen como elementos predominantes la potasa y el ácido fosfórico en variables cantidades. Y he aquí de qué suerte y por cuáles mecanismos el calor, que primero formara la planta y luego, en fuerza de haber hecho predominar en ella el elemento carbono, fundamento de todo lo orgánico, la destruyera, es el mismo agente que de los residuos de las plantas que constituyen las «turbas» permite extraer, entre otras muchas sustancias, compuestos amoniacales, ácido fosfórico y potasa, ó sea los elementos fertilizantes por excelencia, aquellos cuerpos de los cuales toma la planta los que más la nutren y contribuyen a su desarrollo. Y he aquí también cómo la industria química de la destilación seca de las «turbas», seguida de la incineración de sus residuos, sirve a maravilla y contribuye a los progresos de la agricultura, proporcionándoles abundantes materias fertilizantes. Dentro de la pura ciencia sería posible traer un ciclo de transformaciones admirables, en las cuales sólo toman parte aquellos viejos cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego, produciendo, mediante cambios incesantes, desde la germinación de la semilla hasta la producción de los elementos nutritivos de la planta. En este ciclo maravilloso comprendemos no pocas industrias adelantadísimas, y es seguro que las que origine el aprovechamiento de las «turbas» no son de las menos útiles.

José RODRÍGUEZ MOURELO

conservando pocos vestigios de la dominación romana y menos aún de la de los portugueses é ingleses, que después la conquistaron y abandonaron. Tres puertas dan entrada a la ciudad, rodeada por antigua fortificación, ruinosas por muchos sitios. En el baluarte que da frente al mar existe hoy una batería de cañones, vendidos por Inglaterra, que son superiores a los de muchas naciones europeas, incluso España. La arquitectura árabe, en construcciones urbanas, es, más que sencilla, pobre y ajustada a un mismo patrón; las casas son poquitas é insignificantes, de un solo piso y con patio a la andaluza, sin que entre ellos, con ligeras excepciones, se encuentre ninguno que pueda competir con los de nuestras casas de Córdoba ó Sevilla. El enjambre de moros envueltos en sus

necesidad, y en toda la calle se hallan tenduchos de moros, donde venden objetos del país: bandejas de cobre, telas bordadas, armas, etc. Los bazares de alguna importancia son: el de Vidal (español) y el del moro Abarody, los cuales sirven de centro de reunión de todos los extranjeros allí residentes. A la conclusión de la calle está el Zoco de arriba, en la vertiente de una colina, en el que tienen lugar, dos veces a la semana, los mercados, y todos los días los de carne, para el consumo de moros y hebreos. En el Zoco, los días de mercado, todo es vida y animación, extremada riqueza de colorido, que trasladó al lienzo Fortuny con arte mágica. Luz espléndida inunda aquel bello panorama; aquel encantador paisaje satura el ambiente de alegría.



CALLE PRINCIPAL DE TÁNGER

Marruecos, marchando con aire majestuoso; los rifeños, con sus caras tostadas, su capota cubre y un mechón de pelo, generalmente rubio; los berberiscos del campo, con sombreros de paja ó de setomanales alas; los negros, árabes, judíos, con sus hopalandas negras y un pañuelo á la cabeza, en la forma en que lo usan

La escuadra yanqui en Marruecos

Sigue la escuadra yanqui con sus acorazados flamantes «bien tonidos», que dicen los franceses, frente a esa vieja ciudad mogharabita, donde el espíritu civilizador de un centenar de diplomáticos, unos miles de negociantes y unas docenas de ricos desocupados no han conseguido

los norteamericanos el Evangelio del descanso ó el recreo; é identificando nosotros la más noble significación de estas palabras con la del ocio, tal cual lo significaban los antiguos moralistas, clasificáremos dentro del Evangelio lo que debe iniciarse a aquellos trabajadores sin reposo, toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de mediación levanta-

tado sobre la finalidad inmediata de la utilidad.

La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano. Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que representa, y por sus triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío.

Diciérase que el positivismo genial de la metrópoli ha sufrido, al transmitirse a sus emancipados hijos de América, una destilación que le priva de todos los elementos de idealidad que le templaban, reduciéndole, en realidad, a la crudeza que, en las exageraciones de la pasión de la sátira, ha podido atribuirse al positivismo de Inglaterra.

El espíritu inglés, bajo la áspera corteza de utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil, bajo la severidad puritana, esconde, á no dudarlo, una virtualidad poética escogida y un profundo venero de sensibilidad, el cual revela, en sentir de Taine, que el fondo primitivo, el fondo germánico de aquella raza, modificada luego por la presión de la conquista y por el hábito de la actividad comercial, fué una extraordinaria exaltación del sentimiento.

Habla Bourget, en *Outre mer*, del acento concentrado y solemne con que la palabra arte vibra en los labios de los norteamericanos que ha halagado el favor de la fortuna; de esos reclusos y acrisolados héroes del *self-help*, que aspiran a coronar, con la asimilación de todos los refinamientos humanos, la obra de su encumbramiento reñido. Pero nunca les ha sido dado concebir esa divina actividad que nombran con énfasis, sino como un nuevo motivo de satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo de su vanidad.

Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupe de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erigirse sobre la general mediocridad.

Así, el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia ha sido la semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura. En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen en el ambiente de esa gigantesca democracia la superior sabiduría y el genio. He ahí por qué la historia de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de originalidad.

Mientras en el período de la independencia y la organización surgen, para representar lo mismo el pensamiento que la voluntad de aquel pueblo, muchos nombres ilustres, medio siglo más tarde Tocqueville puede observar, respecto a ellos, que *los dioses se van*. Cuando escribió Tocqueville su obra maestra, aún irradiaba, sin embargo, desde Boston, la *Ciudadela puritana*.

La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklin:—Una filosofía de la conducta, que halla su término en lo mediocre de la honestidad, en la utilidad de la prudencia; de cuyo seno no surgirán jamás ni la santidad, ni el heroísmo; y que, sólo apta para prestar a la conciencia, en los caminos normales de la vida, el apoyo del bastón de manzano con que marchaba habitualmente su propagador, no es más que un leño frágil cuando se trata de subir las altas pendientes.

Tal es la suprema cumbre; pero es en los valles donde hay que buscar la realidad. Aun cuando el criterio moral no hubiera descendido más abajo del utilitarismo probó y mesurado de Franklin, el término forzoso—que ya señaló la sagaz observación de Tocqueville—de una sociedad educada en semejante limitación del deber, sería, no por cierto, una de esas decadencias soberbias y magnificas que dan la medida de la satánica hermosura del mal en la disolución de los imperios; pero sí una suerte de materialismo pálido y mediocre, y en último resultado, el sueño de una enervación sin brillo, por la silenciosa descomposición de todos los resortes de la vida moral.

El valor cívico, la virtud vieja de los Hamilton, es una hoja de acero que se oxida, cada día más, dividida entre las telarañas de las tradiciones. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga a todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que resaca los caracteres y las inteligencias y que los entona con la perspectiva de la efectividad de su dominio.

La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número, que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena.

Aquel discurso semirrománico que Laboulaye pone en boca de un escolar de su París americanizado para significar la preponderancia que concedieron siempre en el propósito educativo a cuanto favorezca el orgullo del sentimiento nacional, tendrá toda la seriedad de la creencia más sincera en labios de cualquier americano viril de nuestros días.

En el fondo de su declarado espíritu de rivalidad hacia Europa hay un menosprecio, que es



LA ESCUADRA AMERICANA SALUDANDO LA LLEGADA A BORDO DEL MINISTRO DE SU PAIS

ingenuo, y hay la profunda convicción de que ellos están destinados a oscurecer, en breve plazo, su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose una vez más, en las evoluciones de la civilización humana, la dura ley de los misterios antiguos en que el iniciado daba muerte al iniciador.

Inútil sería tender a convencerles de que aunque la contribución que han llevado a los progresos de la libertad y de la utilidad haya sido, indudablemente, cuantiosa, y aunque debiera atribuírsele en justicia la significación de una obra universal, de una obra humana, ella es insuficiente para hacer transmudarse, en dirección al nuevo Capitolio, el eje del mundo,

José ENRIQUE RODÓ

Croniquilla taurina

El "Conejito"

El valiente diestro cordobés reanudará este verano las tareas de su arriagada profesión, que le hizo suspender la tremenda cornada del primer toro de Surga lidiado en Barcelona el día de Pascua de Resurrección del año pasado.

Conejito libró en aquella ocasión milagrosamente, primero la vida y después la pierna lesionada. Tras larga convalecencia, ha pasado un año en Córdoba dedicado a las faenas del campo, como hacendado cuidadoso de sus tierras, y del afán que pone en ello puede dar idea lo que decía a un amigo íntimo que estuvo en Córdoba con ocasión de la feria de este año:

—Cuesta más fatigas ganar un billete peleando con la tierra, que ganar veinte peleando con los toros.

Y a los toros vuelve. Antonio de Dios disfruta de excelente salud; está ahora más robusto que antes de su última cogida, y corre y salta y torea como si no hubiese sufrido pernaceno alguno.

Desde hace algún tiempo, todos los días festivos va a Rabanales, a Córdoba la Vieja ó a su finca llamada «Salmerón», y allí se las entiende con alguna vaca brava de Castellón ó de Antonio Guerra.

En la becerrada que ha dado este año el Club Guerrita, en la que se lidiaron becerrros del Sallillo, Antonio estuvo incansable dirigiendo a los aficionados y evitándoles no pocos revolcones.

Conejito vuelve, pues, al toreo en condiciones excelentes.

La primera corrida que toreará este año será, probablemente, una que se dará en la misma Plaza donde sufrió la cogida el año pasado. La Empresa de Barcelona está ya en tratos con el diestro cordobés para organizarla, siendo empresario el propio *Conejito*, que alternará con otros dos espadas.

En San Sebastián toreará Antonio de Dios los días 7 y 28 de Agosto, en unión de los diestros que ya están contratados para esos días, según la combinación que publicamos ayer en esta sección.

En las corridas de la feria de Bilbao también tomará parte el *Conejito*, y además tiene ajustadas varias corridas en Francia y Portugal.

Esto es lo que hay por ahora. ¿Veremos en la plaza de Madrid al *Conejito* en la temporada de otoño?

La totería en Méjico

Actualmente se encuentran residiendo en Méjico y en poblaciones de los Estados los matadores siguientes:

Custrodados, Zocato, Jarana, Falco, Juan Antonio Cervera, Silverio chico, Capita, Machito, Trigo, Morito, Colorín, Engullero, Chano, Chéché, Reverte Mexicano, Fuentes Mexicano, Pipa, Corcito, Morenito de Valencia, Chatillo, Polomarchico, Varita, Barquero, Frascuelillo, Jarana chico, Valverde, Triana, Torerito de Valladolid, Torerito de Sevilla, el Bravo, Feria, Almenadro chico, Barrerita, Guerrilla, Romerito de Asturias, el Yucateco, Chiclanerito, Lobito, Portaleño, Bombita y Gonzalito. Total, 39 matadores.

Otras noticias.

Fuentes y *Machaquito* son los espadas contratados por las Empresas de Cartagena y Murcia para las corridas de feria de ambas poblaciones. Las de Cartagena se darán el 6 y 7 de Agosto, con toros de Múra y Muruve, y las de Murcia el 3 y 4 de Septiembre, con ganado de Saltillo é Ibarra.

CÓMO NUESTROS ANTEPASADOS SE REPRESENTABAN LA TIERRA

En excavaciones practicadas en Italia se ha encontrado, entre otros valiosos ob-



jetos antiguos, una curiosísima medalla, en cuyo reverso lleva grabado un mapa del Universo.

Los numismáticos que la Juan Baximando orden que data del siglo XIV, es decir, un siglo antes del descubrimiento de América.

Salvado es que, durante mucho tiempo, prevaleció entre los sabios la opinión de que la tierra tenía la forma de un disco.

El error de suponer al Sud del Africa un vasto continente proviene de que los viajeros y filósofos creían que el calor debía ser más considerable en el Ecuador que en el Sahara, y siendo en él la vida imposible, la Naturaleza había llenado de agua todo el espacio del Ecuador para rescatar esta falta de vida orgánica. Ahora bien, como faltaba un contrapeso al con-

tinente asiático europeo, para mantener el equilibrio del «disco» inventaron este otro, naturalmente, semejante.



Uniforme curioso

En la mayoría de los Estados indígenas de las Indias orientales, los verdugos son altos personajes espléndidamente retribuidos y a los cuales el pueblo no mira con el horror y el desprecio con que los miramos nosotros.

El verdugo merced, por el contrario, el mayor respeto, y no hay ceremonia oficial a la que no asista. La fotografía que reproducimos es la de uno de estos individuos en traje de gala, uniforme que no se negará que es original y que además le mantiene a prudente distancia de la muchedumbre.

Nueva aplicación del automovilismo

Una ventajosa innovación acaba de ser introducida en el vehículo tipo por excelencia de nuestros tiempos, ó sea en el automóvil.

La Compañía del Great Western, de Londres, ha establecido en el mes de Mayo último un servicio permanente de automóviles sobre ralles, que funciona entre Westbourne Park y Southall, y ya son tan evidentes los resultados conocidos, que ha hecho pensar a muchos en la manera de multiplicar estos medios de tracción, mucho menos costosos que los tranvías eléctricos y mucho menos que los trenes ordinarios.

Con este motivo, uno de los mayores propagandistas que tiene en el mundo el automovilismo, lord Shrewsbury, ha publicado en la revista *Technics* un curioso artículo haciendo notar las grandes ventajas de este medio de locomoción.

EN EL "BAR,"

Graves y solemnemente levantamos los *bóks*.
—Pro sí.
—Pro sí.

Y bebemos. Yo, pequeños luches; él, un gran trago, lento, pausado, largo, inabarcable. La gruesa jarra parece que se incrusta en sus mo-fletes rubicundos. La nariz palpita estremecida. Los ojos miran sin pestañear el burbujeo de la espuma. Bebe, bebe, bebe. Después vuelve a de-ber pausadamente el *bóks* sobre la mesa. Cierra la tapa; se atusa los bigotes, deshaciendo de paso los copos que se han adherido; da un berrido de satisfacción.

—Buena cerveza.
—*Woh! bekom!*

—Gracias, igualmente—. Saca del bolsillo una gran pipa de boj ennegrecida; la llena, la atasca, la enciende, ciampa, se envuelve en una nube de humo, y prosigue:

—Cuando yo vine por primera vez a Madrid, apenas se bebía cerveza. Únicamente en verano, en esos días de calor achicharrante y pegajoso, en que los pulmones se asfixian y las fauces se secan, los madrileños se dedicaban al ponche. Un gran vaso de limón helado y una botella de cerveza fuerte, muy fuerte, cuanto más fuerte mejor. La cosa estaba en que hiciese mucho ruido y produjera mucha espuma. Es lo que me decía un compañero de la casa de huéspedes: «¡Suprime usted la ponchera, el cucharón, la es-puma y el taponazo, y no hay cristiano que puede ese menfudge.» «Entonces, ¿por qué lo beben ustedes?»—preguntaba yo—. «Pues por eso; por el aparato.»

—Sí, por el aparato y porque estaba fría. Uste-des consideraban la cerveza un refresco; algo así como la zarzaparrilla y el agraz y el agua de celada. De aquí que nadie la probaba en invier-no. ¡Ajeno! La bebían algunos antes de comer, como aperitivo. Con el mismo objeto se llevaba también a las casas para las señoritas anémicas y los caballeros desgastados. ¿Pero beberla por gusto, por afición, por vicio? ¡Quite usted allá, hombre! ¿Emborracharse con cerveza? Esto lo consideraban ustedes los madrileños tan estu-pendo como tomar Agua de Colonia o espíritu de vino. Rarezas de extranjeros...

—¿Qué cosas oía yo decir de la cerveza! ¡Si us-ted supiera! La comparaban con la miel, con el rejalgar, con las almendras amargas... ¡qué sé yo! Ya ve usted, la cerveza... ¡una bebida tan exquisita!

—Y como dominado por un repentino enterneci-miento, mi hombre coge el *bóks* y apura de un trago todo su contenido.

—¡Brrr! ¡Qué rico! Chico, otro doble.
—¿Alemana?
—Siempre alemana.
—Y usted—me pregunta cortesmente el mo-zo—, ¿también alemana?
—Sí, alemana también—contesto resignado—. ¿Cómo digo yo delante de este señor que no me gusta la cerveza?

El mozo trae los *bóks*. Es preciso brindar otra vez. No hay más remedio.

—Pro sí.
—Pro sí.
—Buen provecho.
—*Vanké shen!*

Mi amigo está loco. Después de desfogar mil diatribas y denuestos contra los infelices madrileños que no gustábamos antes de la cer-veza, se empeña ahora en demostrarme lo que se ha extendido la afición.—Hoy serían ustedes capaces de sorberse el caldero de Hymir—me dice. Y yo, que no sé qué caldero es ese, bajo modestamente la cabeza. Él toma mi actitud por asentimiento y... pide otro *bóks*. Y luego otro y otro.

Los cuadros de lienzo representativos de la cuenta se van amontonando sobre el tablero de mármol de Alicante. Dos, tres, cuatro, cinco... Encima de ellos descuellan formidables las gruesas jarras con su gran asa retorcida y sus tapas de metal siempre cerradas. Mi amigo sigue hablando. Yo no le oigo. El endiablado líquido se me ha subido a la cabeza y me hace cosquillas en el cerebro. La atmósfera, saturada de humo, me nublaba las pupilas. El rumor de las conversaciones me zumba en los oídos. Me ahogo. Estoy sudando. No tengo más remedio que dejar el sombrero sobre una silla y desabrochar me el chaleco. ¡Uf! ¡Qué calor! Angustiado, vuelvo los ojos. Por todas partes no veo más que rostros sonrosados, pupilas claras, grandes mostachos rubios, caras exóticas...

—Para nosotros los extranjeros, los alemanes especialmente—sigue diciendo mi amigo, imper-turbable—, el establecimiento de estos *bars* ha sido una cosa magnífica. Antes nos reuníamos en el *Gimnasio*. Nosotros necesitamos reunirnos en alguna parte. Los alemanes somos los seres más sociables del universo. Pero aquí estamos mejor, mucho mejor; hay más libertad, más independencia, más...

Una voz le interrumpe; una voz robusta, de bajo profundo, que sale de las profundidades de la sala. Todas las conversaciones cesan. Un largo silencio, solemne y augusto, se impone. Después otra voz se une a la primera, y luego otra, y otra y otra...

—Atienda usted... Es una vieja canción alemana. La Comunidad ha encargado a su Padre prior, gran cazador de mastos, que averigüe cuál es el mejor vino de Francia. El prior parte, visita las bodegas, recorre los castillos, se aloja en los conventos... Anda, anda, anda... El prior no vuel-ve. El prior se ha perdido. Se ha perdido caten-do los vinos de Francia...

Los *bóks* van y vienen; se alzan en lo alto, lle-

nos hasta las tapas de rubia espuma, que resba-la en hilos de oro por el recio cristal. La luz re-llena de la tablero de mármol de las mesas. Bro-tan de las pipas densas y azuladas espirales de humo. Los ojos brillan. Las bocas—ríen. ¡Moxo! ¡Otro doble! ¡Pro sí! ¡A vuestra salud! Yo tam-bién quiero brindar, yo también quiero beber, yo también quiero esta noche emborracharme de cerveza, fumar en pipa y cantar las viejas can-ciones de la vieja Alemania.

PEABO MAIA



EL SR. MADRELL, "LEADER" DEL MOVIMIENTO DE PROTESTA CONTRA LA REFORMA ALCOHÓLICA DEL SR. GAMA.

ACTUALIDAD CÓMICA

Los admiradores de Borrás, el gran ac-tor catalán, le tributaron anoche una ce-lerosa cuanto fructuosa ovación con mo-tivo de su despedida. Agitaban sus pañue-los las señoras y a la vez se enjugaban las lágrimas; los hombres, más o menos intelectuales, se coshacían las manos aplaudiendo al artista, y hasta ha habido uno que otro diputado provincial que, ol-vidándose de su trascendentalísima misi-ón sobre la tierra, gritaba, en el colmo del delirio:

—¡Esto es un verdadero «aztor», y todo lo demás son naranjas de la China!

Mientras el público se entregaba a los delirios de una admiración tan legítima como estrepitosa, había en la última fila del paraíso una media docena de actores «castellanos» que elevaban los ojos al cie-lo, como si quisieran decir:

—Y nosotros, ¿no somos nadie?

Si que lo son. Allí estaba Cochifrito, pri-mer actor de carácter (de mal carácter, quiero decir), que ha hecho derramar lá-grimas como ciruelas a casi todos los pú-blicos de España, y, sin embargo, jamás ha conseguido que saliese su fotografía en los periódicos ni obliuvio en toda su vida artística más obsequios que el de media docena de latas de mejillones, que le echaron en Santa Eugenia de Riveira.

—A ese hombre se le ensalza y se le colma de beneficios!—decía él, atudiendo a Borrás—. Y yo, que he encanecido do-lajo de las bambalinas, y mi señora, que por no abandonar su puesto artístico, dió a luz al lado de un buey, en los brazos del segundo apuntado, vivimos aprotos-tados.

—Postergados sin otro—corrigió un ga-lán joven serio.

—De ambas maneras se puede decir.

—Disculpable!—interrumpió otro galán. Cochifrito ya no oía las opiniones de sus compañeros. Cochifrito, víctima de la amargura y del enojo, se limpiaba el sudor de la frente y recordaba sus triunfos en Batocía del Corregidor, Fuenteseca, Castrobasugo y otras poblaciones de Es-paña.

Hoy Cochifrito, viejo ya, con algo de hipertrofia en el hígado, cacaciendo en absoluto de los dioses de arriba y con-tando tan sólo con los de abajo, se ve, como quien dice, preso en las mallas del abandono y preterido completamente por críticos y empresarios. ¡El, que ha hecho como nadie los papeles de «padre deshon-rado!» ¡El, que sufrió la fractura de una canilla, por su parte media, haciendo el burla del «Tanorio!» ¡Oh, ingratitude de los tiempos!

Mientras Borrás es aclamado con fren-ses y las preusas gimnen todos los días para ensalzarlo, Cochifrito, Bobalín y tan-tos otros actores de la buena capa buscan inútilmente una compañía dramática que los admita en su seno.

—¡Sí, transit gloria mundi!

Luis TABOADA

DE PATOS

Ahora que la veda impone descanso forzoso a los aficionados a la caza, cuando en los campos sentimos el atrayente *¡Buen pan hay!* de las co-dornices y el gorjeo de tantos pájaros a quienes la ley protege en esta temporada de su procrea-ción, justo es relamernos de gusto si en alguno de nuestros paseos podemos tropezar con algu-no de esos bichos que para nosotros están fuera de la ley, como aves de paso.

El pato es una de ellas, y ese delicioso palmi-pedo es tanto más raro de encontrar en el cen-tro y Sur de España, cuanto que busca para ha-cer sus nidos regiones más frías, como sucede en el Norte de Escocia.

Suelen quedarse algunos rezagados, y esos pueden establecer sus reales en las lagunas, en las márgenes de los ríos y en la parte más es-condida. Tropazar con algún solitario es una casualidad, por aquí. Y a mí me ha sucedido, re-cibiendo una decepción cinagética que no pue-do olvidar, a pesar de los años transcurridos.

Marchaba en busca de alguna paloma zorita por entre los árboles del soto de San Fernando, cuando mi perro *Tulo*, que registraba cuidadosamente un pequeño juncal vecino, pareció an-tarse y decirme con su mirada: *Prepárese usted*.

Apresurando el paso llegué al sitio en cues-tión en el momento en que, rompiendo la muer-tra de mi perro, se arrancaba un magnífico pato, aturdiendo el bosque con su descarado *cua-cua-cua*.

Disparo sobre el fugitivo, que cayó desplomado al lado de la charquita que había entre aquellos juncos; acudí al sitio, acudió mi *Tulo*, buscamos en todas partes y de todos modos... todo fué inútil; el pato no se encontró, y la cosa me parecía tanto más inverosímil y tanto más irritante para mi dignidad de cazador, cuanto que el juncal era del tamaño del salón de sesio-nes en el Congreso, y la charca más pequeña que la Cibele y con medio palmo de agua.

¿Dónde se metería aquel animalito, inutilizado por mí disparo? ¿Qué hizo para librarse de mí pesquiza y de las del famoso *Tulo*? No lo en-tiendo; pero tuve que ceder, diciendo para mí fuero interno: «Primer pato, primera decepción.»

En España, cuando llegan los fríos, con ellos vienen a sitios determinados *masas* de aves acuáticas de todo género, y especialmente de pa-tos, que llenan de animadas multitudes charcas y lagunas como las de Albufera, las de la Mari-cha y otras, en que esas aves pasan el invierno, huyendo de los fríos excesivos de otros climas, en donde andan y veranean.

Nosotros, que sabemos sus querencias, en ellas las buscamos y las cazamos al acecho, me-tidos en puestos más o menos disimulados, en toneles más o menos flotantes, y en donde, al ir y al venir, los cazadores hacen sobre los patos, fochas, garzas y zarcetas un fuego continuo, para el cual no basta tener a mano una sola es-copeta, pues en cada puesto se disparan de 500 a 800 cartuchos.

En la parte Norte de Inglaterra, donde se crían muchísimos patos, se les auxilia, para que allí residan y para que tomen querencia, con una continua veda y alguna alimentación. De este modo, en los bosques que rodean aquellos lagos y aquellas rias se crían muchísimas aves acu-ticas, y luego se cazan, para cobrarse de este modo los años de aquellas fincas los gastos de residencia que hicieran sus alados huéspedes.

Llegados los días de cacería, los guardas van echándoles la comida cada vez un poco más lejos del centro de la propiedad y en lugares cercanos a los puestos, que existen hechos todo el año.

Llegado el momento, y al romperse el fuego, los patos se levantan, vuelan, van y vienen, y los cazadores, allí como aquí, emplean toda su práctica para obtener el mayor número de víc-timas.

Es increíble, en ciertas ocasiones y en ciertos años, ver juntos tantos pájaros.

Recuerdo bien que una noche, estando en cierto cazadero, no lejos de Humanes, nos ha-bíamos acostado hacia tiempo cuando un ruido parecido al de un trueno lejano vino a turbar nuestro descanso.

A la mañana siguiente preguntamos al guarda la causa de aquel ruido, viendo el piso seco.

—Son los patos—nos contestó—; todas las noches por este tiempo pasan por aquí tantos millones de estos bichos, que si es de día hacen sombra, como una nube cualquiera, y si es de noche...

—Cubren la luna—dijo con sorna uno de los amigos.

Y el guarda, impasible, añadió:

—Quitando el sueño a los señores.

EL MARQUÉS DE ALTA-VILLA

DE MILICIA

En los varios intentos de reorganización de nuestro Ejército que ha habido, no sólo después de nuestros desastres coloniales, sino mucho antes de aquellos tristes días, se ha notado un fenómeno en el que debía fijarse la atención de todos: la sorpresa profunda que han causado en la inmensa mayoría de la opinión militar los proyectos que unas veces se han llevado a las Cortes y otras a las columnas del periódico oficial.

Esta sorpresa ha sido causa de que algunos proyectos hayan sido combatidos en su totali-dad sin pleno conocimiento de causa; otros fun-dándose la controversia en impresiones del mo-mento, y no pocos en errores de mal entendido amor propio.

Y por estas razones, aparte de otras varias no menos importantes, el país sigue gastando anualmente millones y millones, y España, dí-gase cuanto se quiera, sigue sin el Ejército que exigen y demandan las necesidades modernas y el decoro y la seguridad de la nación.

¿Quiénes son los que más contribuyen a este decisivo estado de incertidumbre, de aislamiento, de constante divorcio entre los elementos di-rectores de la vida militar y la opinión del Ejér-cito? Los ministros de la Guerra.

Los ministros de la Guerra, que se encierran en múltiples ocasiones en profundas e innecesarias reservas; los ministros de la Guerra, que consideran como atentatoria a la disciplina la exposición pública y mesurada de las opinio-nes técnicas de sus subordinados, lo cual, ni aun en Alemania, donde tanto culto se rinde a la su-bordinación, acontece.

Si de una manera franca y con probabilidades de éxito hemos de ir a la reorganización militar de España, es preciso que se deje a la opinión militar, a la verdadera opinión militar, que se manifieste sin trabas ni peligros, y para esto nada tan conveniente como los congresos mili-tares.

Tome la iniciativa para celebrar un congreso militar el Centro del Ejército y la Armada, que tanto hace en pro de la cultura militar de Espa-ña; facilite esta labor patriótica el ministerio de la Guerra, sin temores ni vacilaciones, y pronto veremos alborozar el día en que, por lo menos, se determine una orientación seria y conveniente en la reconstitución general de nuestros elemen-tos armados.



LA FIESTA DE LAS FLORES EN PARIS.—MADEMOISELLE O'ORGERE, ARTISTA DE L'ATHENE

Tristezas sociales



El niño fugado tiene diez años, y se llama Justo, como su madre.

Esta busca sin cesar, pero con absoluta ineficacia, á su hijo.

Justa Fernández. La infeliz viuda que ha venido de Santander en busca de su hijo, escapado el día 17 de Mayo en las condiciones referidas por la Prensa.



Librada Ron, la autora de las heridas inferidas á la desgraciada joven Filomena Nieto, fué capturada ayer, como recordarán nuestros lectores.

MONOTONÍA

Allá, á las horas mil de bregar con el insomnio, agotado, molido y sudoroso el cuerpo, desperézanse los ojos apenas y, vueltos hacia el balcón, aguardan la luz divina.

En la vida cortesana no llega hasta el lecho la música diligente de los gallos, esos alegres mensajeros del sol, resonando de corral en corral y de alquería en alquería, á través de la aldea, adormilada aún. Ni madrugero cantar de campesinos, camino de la faena, inunda el cielo á compás del alba.

De tarde en tarde, algún coche, rebotando sobre el empedrado, se pierdo en el silencio.

Por fin, el amanecer rompe la lobreguez nocheñega, y en las rendijas apunta tímida y vaga claridad que parece saludar afable, deseando los buenos días.

Entonces, una codorniz vecina golpetea pertinaz y monótonamente en su instrumento salvaje, y un grillo araña sus cuerdas bronceas sin cesar. Calla por un momento la codorniz, para volver con furia al primitivo canto, y el insecto prosigue en su estridor, como monje ensimismado en sus oficios canónicos salmodia los malditos con admirable desdén del sueño y del cansancio.

Estos ritmos regulares y machacones empiezan por irritar los nervios, levantan luego en el cuerpo y en el alma extraña comezón, inquietud física y espiritual, propicia al borboteo del pensamiento, y al cabo imprimen laxitud y reposo grandes; extiéndense los miembros, ambiciosos de quietud, y la inteligencia, arrullada y pronta á caer en sopor, ve largas caravanas de ideas, definidas y palpables en primer término, imprecisas y confusas á medida que se alejan hasta perderse en los

horizontes misteriosos del sueño. Y que inesperadas vueltas y evoluciones describe la caravana interior! ¡Cuán maravillosos consorcios se barrantan á la luz velada, confusa, vespertina del atardecer de la inteligencia! El verbo se hace carne, la idea toma cuerpo; todo habla un lenguaje hasta entonces desconocido, un lenguaje sagrado, de iniciación.

Y como el grillo y la codorniz cantan pertinazmente, piensa al que tal escuchó:

Los animales que el pueblo español enjaula para recrearse con su canto son invariablemente la perdiz, la codorniz y el grillo, y pudiera decirse que la nación entera rige su monotonía, su fastidio y su pereza por la monotonía de estos tres cantores familiares. De generación en generación, en hogares humildes ó acomodados, perpetúase este culto íntimo á la monotonía, simbolizada en los salmistas lares.

Al llegar á este punto, la palabra monotonía toma gran relieve sobre la turba de vocablos; es como cedro entre hisopos de rocias raras y majestuosa copa; es

doña Monotonía, reina, en toda sazón, de la historia de España, pese olvido al que de su nombre se hace en crónicas, fueros, pragmáticas y demás documentos. Y la caravana del pensar se va alejando un poco.

Camina ahora á través de árida meseta. La tierra es parda capa de monotonía; el cielo, manto azul de monotonía austera. Los cavones abiertos por el arado, igualmente profundos, igualmente amarillentos, igualmente infinitos, se sumen detrás del horizonte.

La sequedad y adustez del terruño proyectase sobre los seres y los rodea con velo pajizo de cosa vieja, mala y desteñida. Un rebaño atraviesa al son tardo y uniforme de las esquilas. Las ovejas, apiñadas unas contra otras, forman, con la paridad de sus lomos envidiados y sucios, polvoriento y pardusco masa que se arrastra lentamente. El can desmembrado, de color terroso, ladra á intervalos iguales, con voz opaca. Detrás, el pastor es la encarnación viva de lo monótono. Pardo es su chambergó, parda la tez curtida y



EL ILUSTRE ACTOR CATALAN SEÑOR BORRÁS, CUYO BENEFICIO SE CELEBRÓ ANOCHE EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

Folleto de EL GRÁFICO (3)

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA

H. G. WELLS

EL ESCRITOR MÁS POPULAR HOY EN INGLATERRA

DIBUJOS DE SIMONET. — TRADUCTOR: VICENTE VERA

Pude convencerme bien pronto que la ignorancia de los tres adláteres de mi amigo era de las más tenebrosas, comparada con las nociones vagas é insignificantes que yo tenía.

Tratemos ahora de la naturaleza de las investigaciones á que mi vecino estaba dedicado.

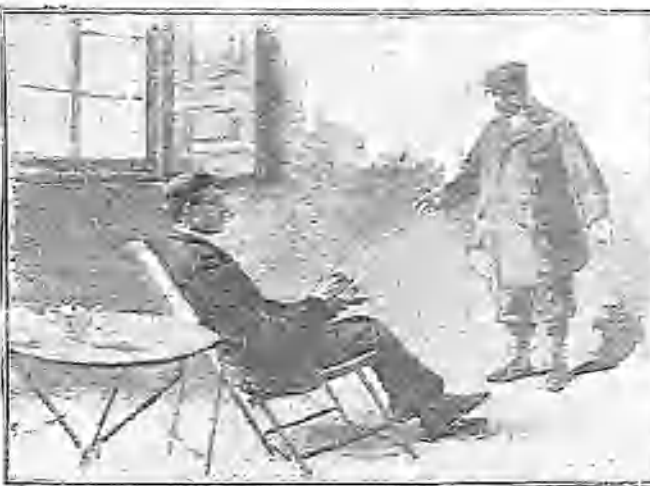
En esto, desgraciadamente, se presenta una gran dificultad. Yo no soy perito en materias científicas, y si tratase de explicar en el lenguaje técnico y profundo de Mr. Cavor el objeto de sus experimentos, temo que, no solamente embrollaría al lector, sino que me embrollaría yo mismo, y que diría mil disparates que harían reír á todos los que estén al corriente de los últimos adelantos de la Física matemática. Yo creo que lo mejor que puedo hacer es trasladar aquí mis impresiones en lenguaje liso y llano, acaso inexacto, pero presentando las cosas como yo las iba viendo y comprendiendo, y sin pretender una cultura científica de que carezco en absoluto.

El objeto de las investigaciones de Mr. Cavor era hallar una substancia que fuese opaca (éi se servía de otra palabra que yo he olvidado, pero que correspondía perfectamente á la idea de opacidad) á todas las formas de energía radiante. Esta energía radiante, según me explicaba Mr. Cavor, es todo lo que se parece á la luz, al calor, á los rayos X de que tanto se ha hablado en estos últimos años, á las ondas eléctricas de Marconi, ó á la gravitación. Toda esta energía, me explicaba Cavor, radia de centros y se extiende por todo el espacio, actuando sobre los cuerpos á distancia, de donde viene el término de "energía radiante". Ahora bien; casi todas las substancias son opacas á alguna forma determinada de la energía radiante. El vidrio, por ejemplo, es transparente para la luz, pero lo es mucho menos para el calor, de suerte que puede servirnos para resguardarnos del fuego.

El alumbre es también transparente para la luz é intercepta por completo el calor. Por el contrario, una solución de iodo en bisulfuro de carbono detiene la luz por completo, y es perfectamente transparente para el calor, de suerte que nos oculta completamente la vista del fuego, y, sin embargo, permite que su calor llegue hasta nosotros. Los metales no son solamente opacos para el calor y la luz, sino también para la energía eléctrica.

Ahora bien; todas las substancias conocidas hasta ahora son transparentes para la gravitación. Se pueden emplear pantallas de diversas clases para interceptar la luz, el acceso á la influencia extraordinaria del sol ó el calor de la tierra; se pueden abrigar los objetos contra los rayos de Marconi, por medio de pan-

tallas de metal, pero nadie intercepta la gravitación universal, ni la de la tierra en particular. Sería muy difícil explicar por qué no existe semejante substancia, y, por consiguiente, aún menos se pudiera negar á priori la posibilidad de su existencia. Seguramente no era yo quien pudiera objetarle en esta materia. Nunca me he quebrado la cabeza en estos problemas. Mostróme cuadernos llenos de cálculos que, seguramente, lord Kelvin, ó el profe-



sor Lodge, ó el profesor Karl Pearson, ó cualquiera de esos grandes hombres de ciencia hubieran podido comprender; pero yo no entendía una palabra, y con ellos me pretendía demostrar que no solamente tal substancia opaca para la gravedad era posible, sino que debía satisfacer ciertas condiciones. Me hacía para esto una serie de razonamientos que debían ser muy profundos, pero que, á pesar del efecto que me producían en el momento en que él me los exponía, yo no puedo transcribir aquí de ningún modo.

—Sí, le respondía yo; sí, tiene usted razón. Continúe usted. Quisiera, pues, para la claridad de esta narración, decir que Mr. Cavor tenía la esperanza de poder fabricar la pretendida

substancia opaca á la gravedad, por medio de una aleación de varios metales y otras cosas (un nuevo elemento químico, me parece), que llamaba, si mal no recuerdo, *helium*, cuerpo que recibía de Londres en frascos cerrados y sellados. No estoy completamente seguro acerca de estos detalles; pero creo no equivocarme al afirmar que aquellos frascos cerrados lo que contenían era *helium*. En todo caso, era una substancia gaseosa y extremadamente tenue. Si en aquellos tiempos hubiera tomado algunas notas, ahora podría ser más claro en mis explicaciones, pero, cómo puede yo prever entonces lo que iba á suceder?

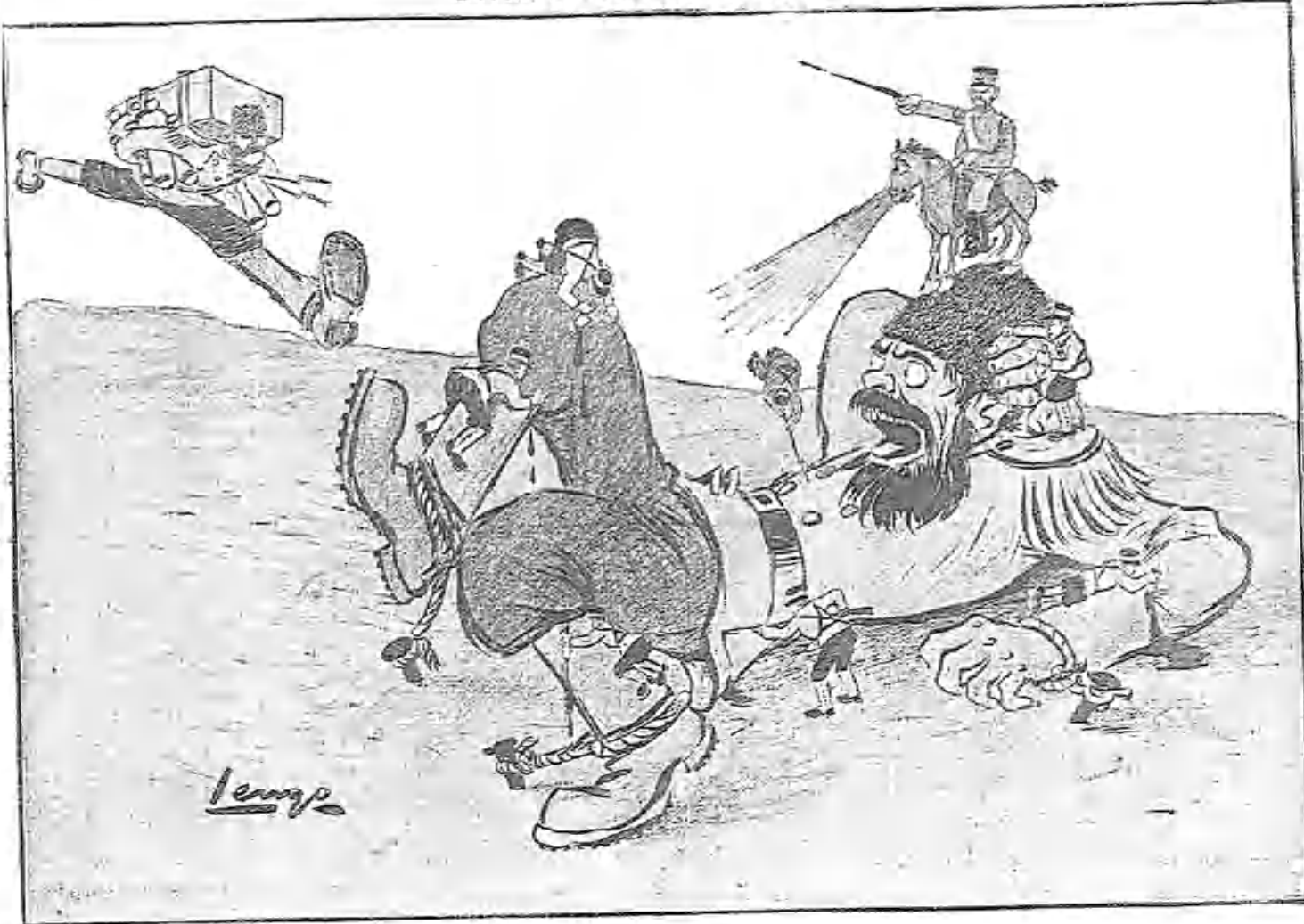
Todo el que posea un indicio de imaginación comprenderá las cosas extraordinarias que podrían hacerse con una substancia semejante y participará un poco de la emoción que yo experimentaba á medida que iba desenterrando esta idea del farrago de frases que me largaba Mr. Cavor.

Después de todo, era un intermedio cómico magnífico para una pieza dramática.

Necesité, sin embargo, algún tiempo para convencerme de que yo había interpretado exactamente el pensamiento de mi vecino, y tuve gran cuidado en no hacerle preguntas que le hubieran permitido juzgar de la ignorancia y el abismo de mi incapacidad en el cual vertía sus explicaciones. Nadie que lea esta narración podrá llegar á hacerse cargo completamente de mi estado de ánimo, porque es imposible por sólo esta árida descripción, darse cuenta de la convicción que yo había adquirido de que la extraordinaria substancia opaca á la acción de la gravedad podía realmente llegar á fabricarse.

Creo que después de mi visita á la casa de Cavor no llegué á dedicar á mi drama una hora de trabajo consecutivo. Mi imaginación estaba en otra parte. Las aplicaciones de aquella materia me parecían ser sin límite; por cualquier parte que mirase me encontraba con milagros y revoluciones posibles. Por ejemplo: si se tratase de elevar un peso, por enorme que fuera, no habría sino colocar bajo su masa una hoja de la substancia, y librándose así de la acción de la gravedad se le podría levantar como una pluma. Mi primera idea fué, naturalmente, la de que podríamos aplicar este principio á los cañones, á los acorazados, á todos los materiales y á todos los métodos de guerra, y después á la navegación, á la locomoción, á la construcción y á todas las formas imaginables de la industria humana. El azar, que me había llevado precisamente á la cuna de esta nueva edad, de esta nueva época de la historia de la Humanidad que se abría ante mí vista, era uno de esos azares que se presentan á un individuo una vez cada mil años. Cuanto más pensaba en el asunto más lo veía extenderse y desarrollarse indefinidamente. Entre otros resultados, yo vi en seguida mi redención como hombre de negocios; veía constituirse una gran Compañía que se reproducía por todas partes, formando Compañías derivadas con aplicaciones aquí y allá, á derecha ó á izquierda, sindicatos, *trusts*, con privilegios y concesiones, hasta que una vasta

CARICATURA RUSA



GULLIVER Y LILIPUT

asoleada, pardas las pupilas abiertas y brillantes, levemente pardo el toisón áspero de su barba, pardas las manos sarmientosas y velludas, pardo el bastón en cayado, parda la capa sólida que la cubre en pliegues rígidos, pardo el cuero de sus aharcas.

El perro flaco y huesudo, que ladra opacamente y por rutina, lleva dentro de sí el alma de nuestros conductores locales, fieles guardadores del huto misérrimo donde no hay oveja capaz de descubrirse.

Aquí la caravana, al pensar, hace alto en los surcos monótonos.

Las huellas rectilíneas del arado, desnudas en su misérrima doquetiquez, ¿no son,

acaso, nuestros grandes hombres, notablemente, castizamente castellanos? Ni son profundas, es verdad, ni rico y jugoso el terreno. Si arrojáis en su seno simientes de flores exóticas, confiados en futuras exuberancias de verdura, de pompa y de frescor, complacidos con el venidero delirio de perfumes blandos y de colores perversos, grande será vuestro desengaño, porque la tierra, esquiva á toda suerte de vanidades, les dará escasa substancia, y apenas nacidos los entecos brotes, morirán agostados por la brasa solar. Mas arrojad á manos llenas, aventad sobre los surcos que esperan el grano pardo del buen trigo, y la santa tierra, la tierra de Castilla, monótona y árida, dócil á vuestros deseos, se cubrirá de un mar inquieto de verdor, que luego se torna amarillo, y las espigas, con aureolas de rayos auriolos, se balancearán gráciles sobre los tallos débiles, y bajo el sol de fuego rotillará el oro hasta el confín. Y si el fulgor del oro nos hiera la vista, recojámoslos á un huerto, bajo la sombra amiga de alguna encina, junto á la hierbabuena, que nos brinda su aroma campesino y un poco serio, y á la fuente, que, corriendo y tropezando, parece reírse.

Sólo el pueblo que en su entraña lleva esta inmensa austeridad y monotonía puede hacer la maravillosa invención de los romances, masculinos, hermosos y serenos como tierra de labranza.

Y, ya muy lejos, oyes una voz que dice: —Cultivemos nuestra monotonía. Y como el grillo y la codorniz cantan pertinazmente, la caravana interior se sume en zonas de penumbra. Algunas horas después, con la cabeza ya despejada por el refrigerio de la ducha matinal, se piensa si los pensamientos que apuntan antes de dormir serán vitimas quimeras.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA



DON ISIDORO SIGUEZ. DESAPARECIDO EN MEXICO.

Los números de EL GRÁFICO

constan de 8, 12 ó 16 páginas, según tengamos anunciado.

El número de hoy lleva 12 páginas.

El Gráfico DIARIO ILUSTRADO DE LA NOCHE

10 céntimos número

SUSCRIPCIÓN: 2,50 pesetas al mes en Madrid y en provincias.

Unión postal: 20 pesetas trimestre.

Imprenta y talleres de fotografía, galvanoplastia y esterografía de EL GRÁFICO Calle del Mar, 44 de la Encarnación, núm. 8.

y prodigiosa Sociedad para la explotación de la cavorita dominase y gobernase el mundo. Y yo era el alma, el gerente de esta Sociedad.

Cuando llegué á esta conclusión, cuando vi perfectamente claro el asunto, tomé mi resolución y me fui derecho al bulto. Podía suceder que arriesgase la partida, pero no vacilé en dar la acometida.

—Tenemos entre manos, Mr. Cavor, la invención más grande que ha podido ver la Humanidad— dije, teniendo buen cuidado de acentuar bien el tenemos—. Si quisiese usted ahora prescindir de mí y separarme de la combinación, ¡ni á cañonazos lo conseguiría usted! Desde mañana me vengo aquí á instalarme en su taller, en calidad de cuarto ayudante.

Pareció un poco sorprendido de mi entusiasmo. Pero de ninguna manera mostró sospecha ni hostilidad; antes bien, me habló de sus invenciones en términos más modestos y humildes, como rebajando la importancia que yo le atribuía.

Me miró con cierto aire de duda, y exclamó: —Pero ¿de veras usted cree...? ¿Y su drama? ¿Qué va á ser de su drama?

—¿Qué drama ni qué ócho cuartos! ¿Quién piensa en eso, mi querido Mr. Cavor! ¿Usted no sabe lo que traemos entre manos? ¿No ve usted lo que podemos hacer, lo que podemos conseguir?

Esto podría parecer, por mi parte, un recurso retórico; pero, realmente, no se había dado cuenta de las consecuencias prácticas de su invención. Cuando se las expliqué, al pronto no pudo creerme. No tenía el menor indicio del aspecto práctico de su invento. Aquel extraordinario hombrechillo había estado trabajando siempre dentro del terreno puramente teórico. Cuando en un principio me decía que su descubrimiento era el más importante que había visto el mundo, quería decir sencillamente que con su invento se ponían de acuerdo muchas teorías científicas y se resolvían muchos problemas hasta entonces dudosos; pero no se había preocupado de las aplicaciones que pudiera tener la substancia tras cuya composición andaba. Era una materia posible y trataba de fabricarla. *Voilà tout*, como dicen los franceses. Conseguido esto, era verdaderamente infantil en cuanto á los resultados.

Si encontraba la materia opaca á la gravitación, ésta quedaría para la posteridad con el nombre de cavorita ó cavorina, con lo cual se inmortalizaría su apellido; le nombrarían miembro honorario de muchos Institutos; la revista científica *The Nature* daría su retrato como regalo á sus suscriptores. Esto y otras cosas semejantes es lo único que él veía como consecuencia de su descubrimiento.

Es decir, que habría lanzado al mundo una verdadera bomba, excrementalmente miamó que si hubiera anunciado el descubrimiento de una especie nueva de mosquitos, ó no haber dado la casualidad de encontrarme yo mezclado en el asunto. El descubrimiento no hubiera pasado del terreno teórico, y acaso se hubiera

poco á poco olvidado, como otras tantas cosas que los hombres de ciencia abandonan en su camino. Cuando yo me di cuenta de todo esto, yo fui quien tomó la palabra y Mr. Cavor el que escuchaba y el que, de cuando en cuando, me decía: «Continúe usted, continúe usted». Enardecido en el asunto, yo hablaba con entusiasmo, paseando nervioso por la habitación y gesticulando como un muchacho. Traté de hacerle comprender sus deberes y sus responsabilidades; es decir, *nuestros deberes y nuestras responsabilidades*; le afirmé que podíamos adquirir una fortuna para permitirnos realizar toda suerte de revoluciones sociales, si así nos lo propusiéramos; que podríamos poseer y dirigir el mundo entero. Le hablé de Compañías, de privilegios de invención, de por qué debíamos fabricar en secreto nuestro producto, etc., etc.

Todas estas cosas hacían en él, al parecer, una impresión semejante á la que sus matemáticas habían hecho en mí. Su fisonomía mostraba un aire de perplejidad. Murmuró algunas cosas acerca de su indiferencia por las riquezas; pero yo le salí al encuentro y le dije que estaba condenado á ser rico y que no valían nada sus vacilaciones ni su desapego por el dinero.

Dile á entender entonces qué clase de hombre era yo y que tenía una gran experiencia en los negocios. Por supuesto, cuidé de no decirle una palabra de que estaba arruinado y que había sido declarado insolvente, porque, en realidad, ésta era una situación pasajera; pero, en fin, creo que llegué á conciliar mi evidente pobreza con mis pretensiones financieras. Insensiblemente, y á medida que fui desarrollando ante él todos estos proyectos, llegamos á un acuerdo para explotar el monopolio de la cavorita. El se encargaba de la producción de la materia, y yo de flotar el asunto en el mundo de los negocios.

En todo esto, nunca dejé de emplear la palabra *nosotros*; el yo y el usted no existían para mí. Mi compañero me expresó la idea de que los beneficios que pudieran obtenerse, y que yo tanto le ponderaba, debieran aplicarse para fomentar las investigaciones científicas de toda clase, á lo cual le contesté que la idea era muy plausible y que eso ya lo arreglaríamos más tarde. «Está bien, está bien—decía yo—; la gran cuestión es lograr la fabricación de la substancia.»

—La cavorita—le decía—será una materia sin la cual ninguna casa, ninguna fábrica, ninguna fortaleza, ningún buque podrán pasar, y será aplicada más universalmente que un específico de los que sirven para todas las enfermedades. No hay uno sólo, de todos los diez mil usos á que la cavorita puede destinarse, que no baste para enriquecernos. Créalo usted, Mr. Cavor, podremos ir mucho más allá de lo que pueda soñar el más avaro.

—Es cierto—me contestó—, comienzo á comprender. Es extraordinario cómo puede obtenerse nuevos puntos de vista hablando y hablando de un asunto.

—Cuando se habla—le contesté yo—con el hombre más á propósito.

—Supongo—dijo—que nadie es, en absoluto, opuesto á poseer una gran fortuna. Naturalmente, aquí hay una dificultad...

Detúvose entonces, como meditando. Yo le escuchaba sin respirar.

—Es posible, ¿sabe usted?, que no consigamos llegar á fabricar la substancia. Puede suceder que la cavorita sea una de esas cosas teóricamente posibles, pero realmente absurdas; ó que, aun cuando lleguemos á verla fabricada, nos encontremos con algún nudo, con algún tropiezo.

—Déjese usted de nudos. Cuando se presenten, los desataremos ó los cortaremos—le contesté yo.

CAPÍTULO II

PRIMERA FABRICACIÓN DE LA CAVORITA

Pero los temores de Cavor carecían de fundamento, por lo menos en lo que se refería á la fabricación. El 14 de Octubre de 1899 quedó efectivamente descubierto el modo de hacer esta extraordinaria substancia.

Por un azar extraño, la cavorita se formó por accidente: y en el momento en que Mr. Cavor menos lo esperaba. Mi sabio amigo había fundido una mezcla de metales y otras cosas—cuánto daría por conocer ahora la fórmula!—y se proponía mantener la mezcla en fusión durante una semana, y entonces dejar que se entrase lentamente.

A menos de que hubiese algún error en sus cálculos, el último estado de la combinación debía presentarse cuando la materia descendiese á una temperatura de 60° Fahrenheit; pero sucedió que, sin conocimiento de Cavor, se originó una discusión entre sus ayudantes acerca de los turnos para cuidar el horno. Gibbs, que había sido entonces el encargado de ello, trató de soltar el mochuelo al que había sido jardinero, bajo el pretexto de que el carbón procedía de la tierra, puesto que de ella se extrae, y de que, por consiguiente, no entraba en la jurisdicción de un carpintero; el jardinero alegó, por su parte, que el carbón era una substancia metálica ó mineral, y él no tenía nada que ver con ella; y, por último, Spargus insistió en que Gibbs debía continuar al cuidado del horno, puesto que era carpintero y la hulla es una madera vegetal fósil. Pero la consecuencia fué que Gibbs cesó de alimentar el horno, y nadie se cuidó de llenar esta obligación.

Cavor estaba muy absorbido entonces por ciertos problemas interesantes, relativos á una máquina voladora que debía funcionar con la cavorita (despreciando la resistencia del aire y algunos otros puntos); no estaba, pues, en situación de fijarse en minucias de la práctica, después de haber dado sus instrucciones de un modo bien preciso.

(Continuará)